

PENSAMIENTO SOCIALISTA



TRIBUNA CHILENA DE IDEOLOGIA Y POLITICA

29



PENSAMIENTO
SOCIALISTA
Tribuna chilena de
ideología y política

Año VII. N.º 29
Julio-Septiembre de 1983
Aportación: 1.50 dólar (o su equivalente)
España: 200 pesetas

DIRECTOR: OSCAR WAISS

EDITOR: P. S. Ch.

CONSEJO DE REDACCION: Carlos Altamirano, Erich Schnake, Jorge Arrate,
Luis Jerez, Dr. Enrique Sepúlveda, Carlos Fortín, Alejandro Jiliberto, Juan Bustos.

PORTADA: Luis Arencibia.

SUMARIO

	Pág.
EDITORIALES (Diez años de ignominia)	3
POLITICA	
El socialismo por el que luchamos. Armando Arancibia	8
Homenaje en el 50 aniversario del Partido Socialista de Chile. Dr. Manuel Agustín Aguirre	18
ANALISIS	
¿Teoría del cambio o cambio de teoría? Oscar Waiss	21
Bolívar en el pensamiento socialista chileno. Aniceto Rodríguez	28
El Partido Socialista de Chile en el contexto del marxismo latinoamericano. Belarmino Elgueta	40
ARTE	
Poemas de ayer y de hoy. Carlos Pezoa Veliz. Nicanor Parra	51
LIBROS Y REVISTAS	52

CORRESPONDENCIA Y CANJES:

Oscar Waiss
Marqués de Cubas, 12 (5.º - A)
Madrid-España

LOS ARTICULOS FIRMADOS REPRESENTAN LA OPINION DE SUS AUTORES Y LA REVISTA NO COMPARTE, NECESARIAMENTE, SU CONTENIDO. LA REDACCION SE HACE RESPONSABLE DE LOS EDITORIALES Y DE LOS TRABAJOS QUE NO LLEVAN FIRMA DE AUTOR.

EDITORIALES

Diez años de ignominia

1 Esta edición de nuestra revista aparece cuando se conmemoran tres aniversarios que a todos nos tocan el corazón, aunque con diferentes connotaciones. El primero corresponde al bicentenario del nacimiento de Simón Bolívar, el Libertador por antonomasia; el segundo, al 75 aniversario del nacimiento del primer Presidente socialista de la República de Chile, nacido un 26 de junio de 1908 en el puerto de Valparaíso; y, el tercero, a los diez años cumplidos desde el golpe militar del 11 de septiembre de 1973, que inició un ya largo período de dolor, de miseria, de opresión y de muerte.

Simón Bolívar fue el prócer de la revolución de la independencia americana que con mayor clarividencia abordó la posibilidad de integrar las dispersas patrias surgidas del proceso emancipador en una sola gran nación que pudiera enfrentarse al destino con vocación de progreso económico, social y político. Hubo otros, como José Artigas, en el sur, quien pagó con treinta años de ostracismo su proposición visionaria porque hería intereses fragmentarios y subalternos. Simón Bolívar, a su vez, salió destrozado de su tentativa consumada en el Congreso Anfictiónico de Panamá, efectuado el año 1826, encarnación de un sueño unitario que se desvaneció rápidamente entre rencillas, polémicas e incomprensiones.

Esas banderas de cooperación e integración regionales no fueron recogidas hasta la segunda mitad del siglo XX, con dos perspectivas distintas. Una fue la proyección económica intentada en pactos como el de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), convertida el año 1980 en Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), el Mercado Común Centroamericano (MCC) o el Acuerdo de Cartagena, conocido como Pacto Andino; otra, la dimensión política levantada por el Che Guevara en la altiplanicie boliviana, que regó con su sangre generosa, o la de Salvador Allende, que hizo ondear en numerosos países la enseña de la «patria-continente».

Las tentativas diplomáticas, que también se han producido, especialmente en algunas reuniones de los proyectos integradores, han tenido expresiones lánguidas y algunas sobreviven, melancólicamente, hostigadas por el cerco tendido a su alrededor por los consorcios monopólicos.

2 Los obstáculos unificadores que Bolívar no pudo remontar representan el primer fracaso histórico de la naciente burguesía de estas naciones, incapaz de asumir el rol revolucionario que, en su tiempo y en su medio, encarnaron las burguesías de los países europeos como factores determinantes de la sustitución del retraso feudal por los avances científicos y tecnológicos del mundo contemporáneo. De ahí que no resulte racional la aplica-

ción mecánica de cartabones foráneos a la singular realidad del subcontinente latinoamericano.

Aquella primera frustración que condujo a nuestras naciones por la pendiente de la pobreza y el subdesarrollo, fué seguida por otras que confirmaron históricamente la «inercia» de esa clase. Las burguesías criollas se demostraron incapaces de ordenar la producción agropecuaria, no sólo para que los pueblos obtuvieran una alimentación adecuada, sino a fin de que restara un excedente exportable; no supieron o no quisieron defender las fuentes de materias primas y los recursos naturales de la voracidad de los capitalistas extranjeros; no crearon industrias manufactureras importantes que aportaran riqueza y suministraran más puestos de trabajo; y, por fin, tampoco mostraron vocación para establecer gobiernos democráticos estables.

Esta es la explicación del atraso, de la miseria, del hambre, de la desnutrición y de la anarquía. Surgieron, es cierto, movimientos y partidos que intentaron acaudillar la inevitable insurgencia de las masas expoliadas pero, en general, esos anhelos fueron calcados de modelos europeizantes y no consiguieron impulsar «cambios» estructurales que, en estos países, eran y siguen siendo ineludibles e impostergables.

La democracia misma, meta común de todos los pueblos que desean emprender el camino de la justicia social y de la libertad política, tiene, en América Latina, una dimensión diferente. La simple democracia tradicional, sin intervención ni participación directa de los trabajadores, es una «receta» parcial, que puede conducir a una involución aprovechada por el imperialismo. Esa es la trascendencia de un proyecto «socialista» para Chile que haga de la democracia una expresión realmente plural y socialmente dinámica.

3 No resulta compensable, entonces, venderle a la burguesía criolla, por el plato de lentejas de una cierta «tolerancia» imperial, el derecho a la primogenitura del movimiento nacional integrado por obreros, campesinos, capas medias y sectores pobres que anhelan una patria libre, digna y progresista. No se puede mirar el panorama latinoamericano con una óptica europeizante, porque los «cambios» que podrían ser viables en regiones industrialmente avanzadas, donde las clases sociales se perfilan con relativa nitidez, no pueden «cuajar» en países de estructuras débiles sin pagar un precio social mucho más alto.

Nada resulta más claro que lo ocurrido en Chile, en que Allende respetó los principios de acatamiento a las normas constitucionales, de independencia de los poderes del Estado y de vigencia del sufragio universal y secreto, para terminar luchando, con la metralleta en la mano, contra una burguesía sublevada que negaba de hecho los valores que decía sustentar de palabra.

Paradojamente, Allende murió defendiendo contra la burguesía los conceptos democráticos que esa clase simulaba enarbolar; dicha clase social está hoy, diez años después del golpe, más ligada al sistema transnacional del poder —y, por lo tanto, al imperialismo— que a comienzos del decenio pasado; las pro-

posiciones de culminar el proceso en una democracia «controlada» implican la certeza, o por lo menos el riesgo, de retornar a una «dependencia» similar, aunque un poco más disimulada, que la soportada por el régimen militar terrorista. Bajo otras formas, con distintos pretextos, la burguesía eludirá los «cambios» o aplicará el aforismo de que todo debe cambiar para que todo siga igual.

No se trata, y estamos cansados de repetirlo, de ignorar las contradicciones internas existentes en el seno de la burguesía y concentrar la lucha «actual» en el basamento único de la clase obrera, ya que para derrocar a Pinochet es preciso movilizar a todas las fuerzas que, de una u otra manera, se han ido enfrentando a la dictadura. De lo que se trata es de no confundir la estrategia con la táctica, o sea las alianzas de clase con los compromisos coyunturales.

4 Si insistimos en estos conceptos es porque así como se habla de la «memoria histórica» de las masas, también existe una tradición «mala memoria» de algunos dirigentes. El afán de «hacer política» a toda costa y pagando cualquier precio, hace olvidar que la mejor política, y la que paga mejores dividendos, es aquella que se solventa con la firmeza ideológica y en un compromiso profundo con los trabajadores y el pueblo.

Detrás de la tragedia del golpe militar se montó una «comedia de equivocasiones» cuya repetición sería inadmisiblemente. Los líderes burgueses que manejaban la mayoría del Parlamento tuvieron la «ingenuidad» de creer —salvo los que estaban enterados del verdadero plan— en un intermezzo militar, más o menos breve, después del cual el poder les sería restituído, en gloria y magestad. No supieron aquilatar el peso de la pseudo-doctrina de la «seguridad nacional», creada por los ideólogos del imperio con el objeto de sustituir los pujos desarrollistas y los proyectos de integración regional. Y, cuando se desembocó en el terrorismo implacable, en el hábito de las desapariciones y las torturas, en la negación de todas las libertades fundamentales, en los extrañamientos masivos y en los asesinatos indiscriminados, la mayoría de esos dirigentes burgueses se convirtieron en cómplices, por acción o por omisión, de los criminales usurpadores.

Los jueces, que tan «celosamente» defendían los derechos y las libertades de los ciudadanos, se transformaron en implacables verdugos de los chilenos que se oponían al entronizamiento de la arbitrariedad y el abuso; los controladores que objetaban hasta las comas de cada decreto emitido legalmente, aceptaron todos los documentos que consagraban latrocinios y rapiñas; los parlamentarios, privados de sus cargos por el capricho de los tiranos, se contentaron con algunas embajadas o direcciones generales, cedidas como limosnas por los ávidos detentadores del poder absoluto. Otros quedaron satisfechos con las migajas que el nuevo liberalismo económico dejaba escapar al control de las empresas extranjeras. Algunos, cobardemente, se mimetizaron y otros, también, protestaron con mayor o menor timidez.

El pueblo quedó sólo, a merced de los militares sublevados. Y fueron los trabajadores, los dirigentes sindicales, los militantes de la izquierda vencida, quienes perdieron la vida, la libertad o aún el elemental derecho a permanecer en el territorio de la patria.

- 5 Solemos ser víctimas de los espejismos. Los protagonistas de la lucha social suelen estar en malas condiciones para evaluarla en su globalidad por carecer de la «perspectiva» histórica necesaria. De ahí el famoso axioma de que los árboles impiden ver el bosque. Lo subrayamos debido a que es muy difícil que en Chile operen transiciones al estilo «español», aunque más no sea que por el hecho de que nosotros no tenemos un rey. Chile no deslinda con Noruega, Holanda o Suecia, sino que con Perú, Bolivia y Argentina. Pequeños «detalles» que los políticos tradicionales, de izquierda o de derecha, suelen olvidar con excesiva frecuencia.

Quienes repiten machacosamente que «en Chile ha cambiado todo», lo que no deja de ser una extravagancia, olvidan que Marx dijo que la historia no planteaba jamás problemas que no estuviera en condiciones de resolver. Los «ideólogos» del imperio y los «estadistas» burgueses no calcularon en su auténtico potencial el contagio de la revolución cubana, el desafío de Nicaragua, el ejemplo de los guerrilleros centroamericanos, la resistencia de los pueblos ubicados en el cono sur, ni la sorda, pero tenaz, repugnancia de casi trescientos millones de habitantes del subcontinente. Tampoco apreciaron la conciencia que empieza a consolidarse en algunos círculos oficiales y que han dado margen a iniciativas del Grupo Andino o al frente conocido como de «la Contadora» tendientes a frenar la descarada intervención del Pentágono en los asuntos internos de nuestras naciones. Incluso no previeron la ya insoportable tosudez de los uniformados.

De lo que se trata, ahora, es de no caer en la trampa de soluciones a medias o de democracias «controladas» que impliquen la reincidencia en los errores de ayer. La unidad, sin exclusiones, de todos los que se antagonizan con la dictadura, es una premisa insustituible y que todos debemos reconocer. Pero debe ser una Asamblea Constituyente, elegida con plenas garantías de limpieza democrática, la que tendrá que construir los moldes de la sociedad libre, democrática y justa por la cual han bregado siempre los trabajadores, en general, y los socialistas, en particular.

- 6 Las «protestas nacionales» que, los días 11 de cada mes, rompen la aparente pasividad de la ciudadanía y explotan en un concierto de gritos, bocinazos, cacerolazos y manifestaciones constituyen la demostración concreta de esa repugnancia que abarca ya a la inmensa mayoría de la población ante la ignominia de los diez años transcurridos desde el siniestro golpe militar del año 1973.

Se trata de una muestra clásica de «acciones» comunes con un objetivo concreto: el derrocamiento de la dictadura. Para esta clase de acciones los partidos de izquierda y el movimiento

popular no pueden poner reparo alguno; por el contrario, es el pueblo mismo el mayormente interesado en la extensión de tales protestas, que socavan efectivamente los cimientos del régimen militar. Porque, en estos momentos, Pinochet no cuenta con otro apoyo que el de la cúspide castrense —con muchas reticencias— y el de su propia familia —que es bastante reducida—. El clamor que recorre el país de un confin al otro, cada treinta días, hace temblar a los culpables de este largo período de angustia y de miseria que ha venido, finalmente, a deteriorar los niveles de vida de todos los chilenos.

No hay mal que dure cien años ni país que lo resista; Franco se mantuvo por cuarenta años, pero en un contexto internacional de recuperación económica capitalista; Pinochet se debate, hoy, en medio de una crisis que golpea las economías de todas las naciones, en un país empobrecido con un 40 % de cesantía real, una inflación que comienza a precipitarse, una deuda de veinte mil millones de dólares, una realidad agraria catastrófica y un desmantelamiento industrial sin precedentes. No se divisa la posibilidad de una «salida» económica a plazo corto ni a plazo mediano. Las horas del dictador están contadas y aunque esta afirmación se haya propalado en otras épocas con mani-fiesta precipitación, ahora cobra inusitado relieve.

El nuevo gabinete «civil» presidido por el ultra Sergio Onofre Jarpa no cambia en nada la situación descrita, ya que los supuestos civiles no son otra cosa que marionetas de los círculos castrenses que encabeza Pinochet. La horrible masacre ocurrida durante la pacífica protesta nacional del mes de agosto y la «pasividad complaciente» de los hipotéticos ministros «civiles» demuestran la impotencia de la dictadura para salir de su aislamiento y la sumisión de estos solícitos colaboradores de la hora undécima.

Es la hora veinticinco de Pinochet; es, también, la hora del pueblo chileno.

¡Venceremos!

EN EL DIA DE LA PROTESTA NACIONAL LAS MUJERES PREGUNTAMOS.

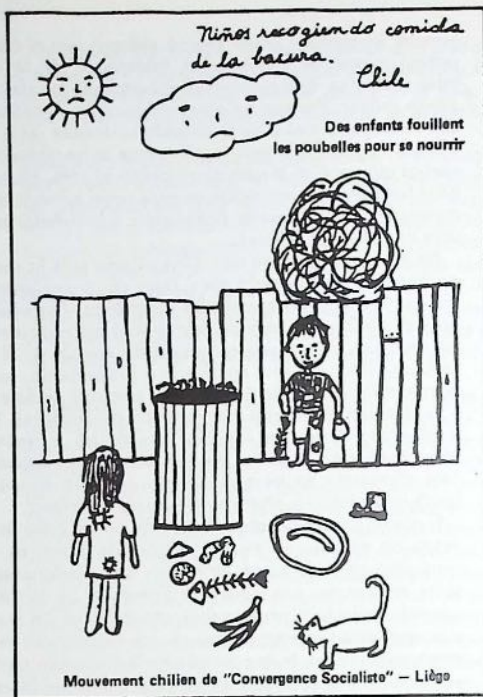
¿COMO PODEMOS PROTESTAR?

LAS MUJERES CONTIAMOS

- HOY NO HAREMOS EL ASEO
- HOY NO PREPARAREMOS EL ALMUERZO
- HOY NO LAVAREMOS
- HOY NO MANDAREMOS LOS HIJOS AL COLEGIO
- HOY NOS VESTIREMOS DE NEGRO .

MOV. FEMINISTA

Fotocopia de uno de los volantes distribuidos en Santiago el día de la protesta nacional



Dibujo de una niña chilena de 10 años mostrando la miseria del Chile de hoy

Romeu



POLITICA

EL SOCIALISMO POR EL QUE LUCHAMOS

Armando Arancibia, Alvaro Briones, Francisco Fernández y Marcelo Schilling

Cuatro militantes socialistas exiliados en México nos han remitido este trabajo, que refleja una buena síntesis de lo que piensan y sienten los cuadros partidarios, tanto en el interior de la patria sojuzgada como en la triste diáspora a que otros han sido brutalmente obligados. Con el esfuerzo colectivo y fraternal de todos, si actualmente no hay camino, haremos camino al andar.

Nuestro Partido preconiza la instauración de un orden social regido por los valores del socialismo, es decir, lucha por la emergencia de una auténtica sociedad socialista en nuestra patria. Repetidamente hemos planteado a lo largo de nuestra historia, y reiteramos hoy, que entendemos el socialismo chileno como revolucionario, nacional, popular, autónomo y latinoamericano, rasgos definitorios que sintetizan gran parte del llamado «patrimonio histórico» del P.S.

En los últimos años, sin embargo, ha habido quienes han puesto en cuestión esta caracterización partidaria y distintas interpretaciones de ella han estado presentes en los últimos desgarramientos de nuestra organización. Los mismos principios, por otra parte, han recuperado relevancia al identificarse con ellos un sector mucho más amplio que el propio Partido, que configura una corriente de Convergencia Socialista.

Por todo ello es que, en el momento presente, a la luz de las experiencias vividas y de los reclamos del futuro, resulta indispensable detallar cada uno de los elementos básicos que constituyen ese patrimonio del Partido y analizar los desafíos que plantea la situación actual de la izquierda chilena. Ese examen debe dar lugar a un diálogo franco y generoso, que propicie la configuración de un pensamiento común de los socialistas y de todas las tendencias que confluyen al esfuerzo convergente.

Como una forma de aportar a esta tarea de esclarecimiento, nos permitimos formular algunas consideraciones acerca de los contenidos y perfiles que atribuimos al proyecto socialista que debiéramos impulsar en Chile y a las características de la relación entre nuestro Partido y la Convergencia Socialista.

1. En lo ideológico: un marxismo crítico y creador para un socialismo nacional y autónomo

Consecuente con su declaración de principios y con lo medular de su historia, el socialismo chileno debe reiterar su definición marxista, entendiendo el marxismo básicamente como un método de interpretación de la realidad que tiene su origen en una filosofía de la transformación y el cambio y está sujeto a una confrontación crítica constante con la realidad. Por ello entendemos también que la aplicación de los principios marxistas a cada formación social y determinadas circunstancias históricas deben fincar en la especificidad de ellas y demandar, por consiguiente, un esfuerzo creador permanente.

A esta visión del marxismo se contraponen su asunción como una doctrina integrista, con respuestas preparadas para todo, como un cuerpo de verdades inmunes a las mutaciones del devenir histórico. Esta visión dogmática y catequista del marxismo es ajena al socialismo chileno y éste siempre la rechazará.

El pensamiento marxista tiene su origen en la obra de Carlos Marx y Federico Engels y se ha desarrollado por las contribuciones de una innumerable cantidad de pensadores que han hecho importantes aportes en los más diversos ámbitos (filosofía, política, economía, sociología, etc.). Lenin figura destacadamente entre quienes han contribuido al desarrollo del marxismo, principalmente porque, en su carácter de conductor de la primera revolución triunfante de este siglo, demostró la capacidad política práctica de éste al aplicarlo victoriosamente a una situación nacional concreta. Junto

con su obra política, Lenin desarrolló lúcidas interpretaciones teóricas de la sociedad de su tiempo, una gran cantidad de las cuales aún tienen un importante valor como orientadoras del análisis social. Es por esto que se debe recoger, ponderar y apreciar muchas de las ideas de Lenin aunque —del mismo modo que respecto del pensamiento y las experiencias de otros revolucionarios— sometiéndolas al prisma crítico de nuestro propio entorno social (interno y externo). Sin embargo, si somos consecuentes con nuestra visión del marxismo, no podemos adscribir a la llamada doctrina «marxista-leninista», que no es sino la codificación rigurosa de un cuerpo de ideas y experiencias extraídas del pensamiento y de la acción de Marx, Engels y Lenin, al que se le asigna validez universal e inmutable con rango de verdad absoluta.

Esta doctrina, en los hechos, no es más que la ideología del stalinismo y sólo ha servido para reprimir y abatir precisamente a los que, equivocados o no, han pretendido hacer una aplicación crítica y creadora del marxismo. La culpa, desde luego, no la tuvo Lenin, que nunca fue «leninista»; en verdad él sólo ha sido una víctima más del dogmatismo «marxista-leninista».

La conclusión que se desprende de lo anterior y que se encuentra en la base de la caracterización autónoma y nacional del socialismo chileno, indica que no existe una «teoría de la revolución de validez universal» y que a los sectores revolucionarios de cada país corresponde elaborar —con base en una aplicación creadora e imaginativa del método marxista— su propia teoría de la revolución. Todas las proposiciones del Partido Socialista, en consecuencia, deben referirse a una teoría de la revolución en Chile, sin imitar otras experiencias revolucionarias ni depender de los intereses de Estado de países en que se haya llevado a la práctica un proceso revolucionario triunfante, aunque considere con interés el estudio de las primeras y valore adecuadamente la presencia de los segundos en el ámbito internacional.

2. El socialismo: expresión política de los trabajadores y proyecto nacional

El socialismo chileno propugna la instauración de una democracia de trabajadores, entendiendo por tales a todos aquellos que viven del producto de su propia fuerza de trabajo, sin explotar la energía la-

boral de otros. Este vasto segmento social comprende a todos los sectores que, de una forma u otra, son víctimas del sistema capitalista de explotación: obreros, empleados, trabajadores del campo, trabajadores por cuenta propia e, incluso, profesionales independientes que no obtengan ingresos por concepto de plusvalía.

Estos sectores sociales deben ser capaces de captar para el socialismo a medianos y pequeños propietarios agrícolas, industriales o comerciantes, que adhieran a un programa de socialización del país en los términos que se explican más adelante, ya que se trata de elementos que por su propia inserción social suelen situarse en una posición subordinada en el orden capitalista. Desde luego que la captación de estos sectores de la burguesía para el proyecto político del socialismo no es el objetivo principal de este proyecto. Tampoco debe entenderse, como quizá ocurrió en el pasado, en términos de una suerte de «compra» de tales sectores a cambio de prebendas económicas. De lo que se trata, en realidad, es de la definición del proyecto socialista como un *proyecto nacional*, esto es, que se refiera a la nación en su conjunto y no sólo a un sector parcial de ella, de modo tal que aún establecida clara y honestamente la hegemonía de los trabajadores en la futura sociedad, todos los sectores sociales estén en condiciones de comprender el rol que les correspondería desempeñar en ella *contribuyendo* a su desarrollo. En esta definición el socialismo debe presentarse a toda la nación —y no exclusivamente a los trabajadores— como una opción no sólo económica, sino también política, cultural y moral. Este carácter de proyecto nacional, por otra parte, debe convertir al socialismo en aspiración y objetivo de todos aquellos que padecen de opresión y son objeto de dominación en el orden capitalista, aunque no lo sean por causas estrictamente económicas. Es el caso en particular de las mujeres, cuya liberación de la situación subordinada a que han sido sometidas durante prácticamente toda la historia de la humanidad, debe ser garantizada por nuestro socialismo.

En este sentido y con esta amplitud debe convertirse en política práctica la línea de frente de trabajadores postulada históricamente por el P. S., elemento primordial de nuestra definición estratégica y base de un perfil propio y distintivo del proyecto socialista que impulsamos.

Todo lo anterior tiene una extraordinaria importancia en relación al carácter de la organización política que impulsa el proyecto, pues de aquí deriva

la definición de nuestro partido como *popular* y no exclusivamente obrero. Y es igualmente importante respecto de la caracterización de la sociedad a la que aspiramos, pues, define a una *democracia de trabajadores* en lugar de una dictadura del proletariado.

Y aquí arribamos a otro parte-aguas importante con la doctrina «marxista-leninista», ya que ésta ha elevado al rango de principio la dirección obrera de los sectores explotados, convirtiendo a las demás fuerzas en aliados que padecen de un cierto grado de «retraso ideológico» y a los que, por consiguiente, el partido «obrero» debe iluminar constantemente con su sabiduría proletaria, generando y retroalimentando un permanente verticalismo burocrático.

El marxismo-leninismo» sigue insistiendo en este dogma de la preeminencia obrera, no obstante las diversas experiencias de procesos revolucionarios victoriosos que fueron liderados por sectores distintos del proletariado urbano y que han dado lugar, posteriormente, a procesos de edificación de algún tipo de sociedad socialista. Se trata, en el fondo, del resultado de una visión simplista de la realidad social, derivada de una interpretación acrítica de las características de las formaciones sociales europeas anteriores a la Primera Guerra Mundial.

Pero, con todo y su controvertibilidad desde el punto de vista sociológico, al considerar a la clase obrera industrial como la cantera social predestinada a parir la revolución, supeditando y hegemonizando a los demás grupos explotados, el discurso «marxista leninista» no nos parecería tan reprochable en la perspectiva de erigir un orden social sin explotadores ni explotados, si, efectivamente, el partido obrero y el poder obrero instaurado por él tras el triunfo de la revolución fueran expresión genuina de la voluntad y de los intereses de esa clase y se generaran democráticamente en su seno. Empero, muy distinta es la realidad en las sociedades gobernadas por esos partidos «obreros» cuya dirección burocrática coopta a la militancia entre sus incondicionales, aísla o reprime y —en el mejor de los casos— reeduca a quienes no comprenden su visión unívoca de la realidad y subordina y somete a todo el cuerpo social (en el que supuestamente ya no subsisten formas legales de explotación) a nombre de esa abnegada clase a la que dice representar.

El socialismo chileno quiere de verdad una sociedad sin dominación; quiere democracia de los dominados que se liberan y no una nueva forma de

despotismo, por más ilustrados y bien intencionados que parezcan quienes lo regentan.

3. Partido democrático de masas

Si el socialismo postula el establecimiento de una república democrática de trabajadores, la organización política que encabeza y dirige la lucha en esa dirección debe ser, en su estructura, relación con las masas y vida interna, un reflejo anticipado del tipo de sociedad que se aspira a construir.

Por lo tanto, el Partido Socialista debe ser una organización democrática de masas, profundamente enraizada en éstas, respetuosa de su sensibilidad e intereses fundamentales y cenida en su organización y funcionamiento a los principios que derivan del respeto a un responsable esquema de mayorías y minorías en el debate político. La unidad interna debe basarse en la adhesión sólida a principios comunes, pero también en la posibilidad de la disidencia elevada, respetuosa y respetable, y, obviamente, en el compromiso irrenunciable de la unidad de acción.

La afiliación al partido debe emerger del propio movimiento social, en sus distintas expresiones, y ser calificada y decidida por las bases. De éstas debe nacer toda iniciativa de promoción o asignación de responsabilidades. El marco estatutario y disciplinario ha de aplicarse a todos los militantes por igual, cualquiera que sea su rango directivo. Los cargos de dirección deben ser a término fijo, no renovables para períodos inmediatos, elegidos en las instancias más representativas que se pueda y revocables cuando las circunstancias y la mayoría responsable del partido así lo demanden.

Lo anterior supone rechazar la concepción ortodoxa de «partido de cuadros», expresión elitista de quienes se consideran vanguardias sin que las propias masas los reconozcan libremente como tales, cooptándose entre sí en un proceso cerrado y evidentemente no democrático. Esta deformación en la concepción de partido conduce normalmente a la entronización de camarillas o aparatos, a la concepción de los militantes como un destacamento selecto de «escogidos» y, en ocasiones, al temor reverencial, el arribismo y hasta el endiosamiento de los jefes.

El partido se nutre de las inquietudes, experiencias y sentimientos de las masas, las asimila, procesa y discute y se empeña por ganar dentro de ellas voluntades para respaldar e impulsar su línea política.

De allí que deba proponerse mantener un irrestricto respeto por las organizaciones de masas, en cuyo seno siempre deberá estar en condiciones de actuar, pero para convencer y no para imponer; para influir y ser influido, jamás para manipular.

4. Una política revolucionaria

El socialismo es revolucionario porque aspira a adquirir el poder suficiente para mover a la sociedad chilena, desde sus actuales bases capitalistas, a otras inspiradas por los principios de la no explotación, la igualdad social y la democracia política.

Ese poder revolucionario se desarrolla en la sociedad por efecto de la lucha cotidiana, organizada con un propósito político claro y no se «toma» en un momento de audacia para el que eventualmente ni siquiera se necesitaría el apoyo de la mayoría social.

La acción revolucionaria de los socialistas debe derivar de esta comprensión correcta de la lucha política, que la concibe como un enfrentamiento constante en todos los ámbitos sociales y en la que cada conquista alcanzada por los trabajadores es un tramo de poder desarrollado, una fuerza adicional que se agrega a otras hasta alcanzar la hegemonía social y con ella la capacidad para dirigir la sociedad toda.

Esta visión se contrapone a otra que parece considerar a los revolucionarios como una suerte de asaltantes de caminos, siempre al acecho esperando el momento propicio para «tomarse el poder». El verdadero poder es capacidad de dirección de la sociedad y no la ocupación de un lugar determinado de la estructura social, sea éste el Estado u otro. En realidad, la visión de la lucha política como una constante preparación del «asalto al poder» sólo conduce al aislamiento y a la impotencia de organizaciones que —siempre acechando— se niegan constantemente a ampliar sus fuerzas vinculándose con otras en la realidad social o desarrollando su presencia en todas las esferas de esa misma realidad.

Muchos países que se definen como socialistas presumen de tales sólo porque, como en algunas naciones del Este de Europa, ciertas circunstancias históricas —concretamente la ocupación por parte del Ejército Rojo— permitieron que los partidos que postulaban el socialismo pudieran hacerse del poder del Estado aún sin que los trabajadores hubiesen conquistado una verdadera hegemonía social. El resultado de situaciones de ese tipo está hoy día a la vista en esos países, en los que los Partidos Comu-

nistas gobiernan pero, en la generalidad de los casos, sólo gracias a la fuerza y contando con la oposición de una mayoría social que incluye a trabajadores organizados y que es objeto de frecuentes represiones como en Hungría, Checoslovaquia y Polonia.

Nosotros mismos en Chile, con la experiencia del Gobierno Popular, protagonizamos una situación en la que una coyuntura histórica particular nos permitió el control de una parte del Estado, sin que necesariamente ese control reflejara una auténtica hegemonía social de los sectores populares. El presidente Allende, cuya concepción de la lucha política le permitió comprender este fenómeno, intentó llevar a la práctica su propio proyecto encaminado a desarrollar la hegemonía popular a partir de la acción gubernamental. No fue posible, sin embargo —debido a las concepciones predominantes en los partidos de la Unidad Popular, incluido el nuestro— y el resultado fue la oposición constante de por lo menos una mitad de la población que abarcaba también a sectores del pueblo. El golpe militar pudo realizarse sólo porque existía esa oposición, puesto que ninguna aventura golpista tiene éxito cuando se enfrenta a la absoluta mayoría de la sociedad que, en esos casos, inevitablemente alcanza a los propios institutos militares.

Todavía más, de haber ocurrido un hecho fortuito que nos hubiese permitido anular y reemplazar el poder militar, hubiésemos debido gobernar basados en esa fuerza y quizá en contra de una mayoría social. Esto es, habríamos debido negar en la práctica los principios democráticos del socialismo.

Ese es el riesgo que ya no debemos correr. Para ello es necesario que nuestra práctica política se oriente por la búsqueda de una hegemonía social que se manifieste no sólo en el plano político, sino también en el ideológico y en el moral, única base de una auténtica capacidad de dirección de la sociedad en su conjunto y por lo tanto de transformación revolucionaria que, a la vez de profunda —pues contará con el apoyo auténtico de la mayoría social—, sea verdaderamente democrática. Nuestra revolución no dependerá de la audacia de unos pocos o de circunstancias históricas más o menos fortuitas, sino que tendrá como fundamento el poder sólido de la mayoría social.

La tarea concreta que se corresponde con esta concepción de la política revolucionaria implica una lucha cotidiana por la ampliación de la democracia. Esta ampliación de la democracia —más aún en las

condiciones dictatoriales del Chile del presente— significa deterioro de la capacidad de dominación de la burguesía y, por lo tanto, disminución de su poder; representa, en otros términos, *aumento del poder concreto de los trabajadores* y desarrollo de su capacidad hegemónica.

Esta lucha no es fácil ni carente de riesgos. Involucra una apelación constante a la movilización de las masas en un enfrentamiento permanente con la autocracia y la represión. Significa la movilización continua del propio Partido para representar ante la sociedad la opción del socialismo y propiciar la acción de las masas detrás de esa opción. Significa impulsar la democracia —expresión presente del socialismo futuro— en todos los frentes de acción social, esto es, en todos los lugares y momentos de tensión de fuerzas políticas: empresas, organismos públicos, universidades, organismos sociales, frentes de masas, sindicatos, juntas vecinales y aun en los propios partidos. Un lugar privilegiado de esta lucha por la democracia, que es lucha en contra del poder burgués lo ocupa el desarrollo de la democracia en las propias Fuerzas Armadas, recurso de apelación en última instancia de ese poder burgués.

¿Existe lugar, en este contexto, para la violencia política? Sí, porque siempre se deberá contar con la reacción de núcleos irreducibles de la burguesía, que recurrirán a sus destacamentos armados —o por lo menos a partes de ellos— para mantener su poder. Si llega a ocurrir una situación de ese tipo, la mayoría social debe estar en condiciones de convertir su fuerza política, ideológica y moral en fuerza material capaz de derrotar a la minoría antidemocrática. Pero se tratará de la fuerza efectiva de la mayoría social, organizada por el Partido o por los partidos que la expresen políticamente y no la de una minoría militarmente organizada que pretenda apelar a la violencia en nombre del pueblo y desarrollar un enfrentamiento de especialistas con las fuerzas armadas de la dominación.

El contenido revolucionario de la opción socialista no se define, en consecuencia, en términos de la falsa disyuntiva entre «vía armada» y «vía pacífica», puesto que sólo puede existir una «vía política», que amplíe el poder de los trabajadores hasta permitirles alcanzar la hegemonía social, esto es, la capacidad de dirigir la sociedad en virtud de que la mayoría de ésta esté dispuesta a reconocer la dirección de aquéllos y a contribuir a su proyecto nacional. En esa vía podrán tener cabida o no momentos de violencia, pero sólo ante la reacción de los sec-

tores dominantes y nunca como eje articulador o detonante de la acción revolucionaria.

5. Una sociedad plural

Como toda organización que aspira a dirigir la sociedad, el Partido debe proponerse ganar para sí la voluntad de la mayoría social. Antes y después de conseguirla, sin embargo, debe respetar la existencia de otros partidos y organizaciones que luchan por el poder dentro del juego democrático responsable.

Una sociedad socialista que sea auténticamente democrática, ésta es, una verdadera República Democrática de Trabajadores, debe practicar la democracia entre éstos, aceptando la disidencia dentro del bloque de clases o fracciones de clases que detentan la hegemonía social y permitiendo su organización en entidades políticas partidarias. Pero el socialismo no debe detenerse allí, pues debe ser capaz de imponer efectivamente la democracia a todo lo largo y ancho del cuerpo social; para ello debe aceptar la organización política de los sectores sociales sometidos a la hegemonía de los trabajadores, vale decir, de las antiguas clases dominantes; ellas ya no dominarán la sociedad, pero tendrán el derecho —sujetándose estrictamente a las normas democráticas— de representar políticamente sus intereses, que serán los intereses de la minoría social.

Este pluralismo, que debe estar en la base del proyecto nacional propugnado por el socialismo, es garantía de libertad y de acertada y oportuna corrección de los errores que puedan cometerse en el desarrollo de la sociedad socialista; es la expresión política de una democracia integral cuyo origen deberá encontrarse situado en la igualdad practicada en todas las esferas sociales, desde la propiedad y la producción hasta las relaciones en el seno de la familia y en la cultura en general.

El socialismo no tienen nada que temer de la libertad de expresión, la franca exposición de ideas y el juego político democrático, pues se basa en la fuerza de una efectiva mayoría social y en una hegemonía real de los trabajadores. Sólo un socialismo falso, de minorías, debe recurrir a la autocracia y la represión para sobrevivir; un socialismo auténtico sólo deberá apelar a la fuerza para combatir a quienes apelen a la fuerza para destruir la democracia; sólo la antidemocracia debe ser reprimida en el socialismo.

6. Economía: Democracia y desarrollo nacional

Las condiciones largamente dominantes en el pensamiento de la izquierda chilena —y no sólo de ella— han determinado que el núcleo y contenido fundamental de sus proposiciones programáticas quedará normalmente circunscrito al campo de la economía. Así, la tarea de transformación social ha tendido a resolverse esencialmente en la definición de las áreas de propiedad de los medios de producción y de la reorganización del proceso económico. Así, la tarea de transformación social ha tendido a resolverse esencialmente en la definición de las áreas de propiedad de los medios de producción y de la reorganización del proceso económico.

Si bien no ha estado del todo ausente de la retórica y del quehacer político desplegado por el movimiento popular, la preocupación por las restantes dimensiones de la vida social no ha sido incorporada con la misma relevancia dentro del proyecto estratégico y, en todo caso, éstas aparecen dominadas por visiones de carácter eminentemente economicista. Los ejemplos de dicho reduccionismo son numerosos en el caso chileno, como lo son también las políticas erróneas a las que ha dado lugar. Nuestra propuesta socialista debe ser capaz hoy de superar esas debilidades y constituirse en bandera para la plena liberación social.

En el dominio propiamente económico, surgen múltiples interrogantes y retos que el progreso de la reflexión teórica y la propia historia se han encargado de plantear.

El capitalismo ha intentado en América Latina diferentes modalidades y orientaciones pero ha probado no poder solucionar los apremiantes problemas de pobreza, explotación, injusticia y dependencia en que ha sumido a nuestros pueblos. Por el contrario, las formas impuestas en los últimos años han tendido a agravarlos. Asimismo, el sistema capitalista mundial atraviesa en estos momentos por una aguda crisis que difícilmente será transitoria y exigirá para su resolución profundos reajustes. No obstante, esto no significa que se derrumbará irremisiblemente o que no esté aún habilitado para ensayar nuevas propuestas encaminadas a preservar las relaciones de dominación prevalecientes.

El socialismo, por ende, no es inevitable ni mucho menos está al alcance de la mano. Se requiere una resuelta y tenaz lucha para hacerlo realidad. Si se aspira a avanzar por esta senda, es imperativo dejar de lado prejuicios y dogmas que antes le entor-

pecieron y que lo harían ahora con mayor razón.

No existe una forma única de construir la economía socialista ni de estructurar sus mecanismos de regulación. China, Unión Soviética, Hungría y Yugoslavia, exhiben resaltantes diferencias, aunque cada una de estas naciones sostiene estar erigiendo el único y verdadero socialismo y elaboran extensas argumentaciones para demostrarlo. En este debate, pareciera olvidarse con frecuencia que Marx y Engels se concentraron en el análisis del sistema capitalista y no desarrollaron mayormente criterios acerca del nuevo orden que es preciso construir.

Por otra parte, la colectivización y planificación totales si bien han podido encargar con resultados favorables algunos problemas de producción y distribución de bienes y servicios, distan mucho de ser el medio de resolver eficientemente todos los problemas económicos. Han demostrado adolecer de serias debilidades y limitaciones que afectan la marcha de la economía, a la vez que imponen graves condicionantes y distorsiones sobre otros aspectos tanto o más importantes, de la organización social y política. El diseño de una opción efectivamente revolucionaria y liberadora exige no ocuparse únicamente de la propiedad de los medios de producción sino también de democratizar su gestión y el conjunto de la sociedad.

En realidad, ya resulta muy difícil admitir que la economía —o cualquier fenómeno social— pueda ser adecuadamente comprendida y administrada, de acuerdo con esquemas rígidos, únicos de validez absoluta y universal. Menos todavía si se pretende respetar el pluralismo y la democracia.

Tampoco puede reconocerse la disponibilidad de fórmulas infalibles que permitan garantizar el progreso material inmediato e ilimitado, ni el abrupto mejoramiento en las condiciones de vida de la población. La experiencia acumulada enseña que no es posible aceptar el sacrificio de los derechos y libertades esenciales de la sociedad y el ser humano, en aras de objetivos puramente económicos, cuya obtención es por lo demás regularmente compleja.

La meta del proyecto socialista debe ser organizar el proceso económico en función de sus propósitos más generales de efectiva y creciente democratización, libertad, desarrollo e independencia nacionales. Esto será realidad en la medida que se articule un gran esfuerzo que comprometa a amplios sectores del pueblo en el aprovechamiento de las potencialidades y recursos con que Chile cuenta. Principalmente, debemos apoyarnos en nuestras propias fuerzas para superar el secular estado de

subdesarrollo, establecer la justicia social y fortalecer la autonomía nacional.

Sin embargo, en un mundo cada vez más interrelacionado, no cabe proponerse designios autárquicos. En este sentido, y a fin de hacer frente a los grandes intereses y centros de poder internacionales, los chilenos debemos aplicarnos al progresivo y sólido estrechamiento de relaciones en todos los planos, con nuestros vecinos y países de América Latina. Esta es una demanda de trascendencia económica y política. No se trata de reeditar la integración regional bajo los mismos lineamientos y caracteres del pasado, sino de construir un verdadero poder latinoamericano que contribuya a la liberación de nuestros pueblos.

Es en el contexto de tales perspectivas que concebimos una economía al servicio del progreso material y la plena realización de la gran mayoría de los chilenos. Ello se logrará en la medida que se aplique la creatividad y capacidad de trabajo a la búsqueda de soluciones ajustadas a nuestras específicas tradiciones y circunstancias.

En ese marco el proyecto socialista debe distinguir el dominio público sobre las actividades estratégicas para el desarrollo nacional, en un segmento de la economía en el que, además, deberán existir formas de propiedad cooperativa, de empresas de trabajadores y otras de naturaleza similar. La empresa privada, por su parte, tendrá su propio lugar en el proceso global, en los sectores considerados no estratégicos desde la perspectiva del proyecto económico o en aquellos en que el Estado no puede actuar con eficiencia.

En adelante, no es aceptable la falsa disyuntiva entre mercado enteramente librado a sus fuerzas y estatismo absoluto. La gestión económica debe ceñirse a un modelo de tipo democrático y participativo que abra amplio cauce a la expresión de los trabajadores en la definición e implementación de las políticas, así como en la formulación del plan nacional de desarrollo. Es consustancial al socialismo el depositar confianza en el autogobierno de los trabajadores, con quienes los funcionarios deberán discutir las prioridades y lineamientos aprobados democráticamente.

Las empresas públicas no pueden quedar entregadas por entero al sólo arbitrio de la burocracia y deben incorporar canales que permitan la participación de sus trabajadores y de la comunidad, que contribuyan a supervigilar el cumplimiento eficaz de las funciones económicas o sociales que se les asignen.

En las empresas sociales el criterio inspirador de su dirección y funcionamiento debe ser el de la autogestión. En las demás, debe estudiarse la forma de instituir modalidades de co-gestión.

Las expresiones de organización autogestionaria, por otra parte, no deben limitarse al plano económico productivo sino extenderse a otros ámbitos de la vida social, tomando como punto de partida las variadas y ricas experiencias de organización autónoma desarrolladas por nuestro pueblo en el curso de los últimos años.

7. Reconstrucción del partido socialista y convergencia

1973 señala el fin de una modalidad dominante en el desarrollo histórico de Chile, caracterizada por la existencia de la democracia representativa en lo político, por un desarrollo industrial dependiente y protegido en lo económico y por el sostenido crecimiento de la clase obrera y de la pequeña burguesía en lo social. Asimismo, en 1973 se hace manifiesta la crisis de la izquierda y de su teorización tradicional.

La Convergencia surge en el marco de dicha crisis y se propone contribuir a superarla, por lo cual, necesariamente, es portadora e impulsa un profundo esfuerzo de renovación que recoge la herencia del Socialismo chileno —y en especial del Partido Socialista—, pero que no acaba en él. Al mismo tiempo, la Convergencia es una gran fuerza para el cambio socialista en Chile que, en su tarea reconstituyente y fortalecedora del tejido de nuestra sociedad civil, asume la democracia política como un valor consustancial al socialismo que aspira a construir con el consenso de la mayoría de los chilenos.

Desde el punto de vista de la heterogeneidad de las fuerzas y personas que concurren al esfuerzo de constitución y perfilamiento de la Convergencia, este proceso se asemeja en mucho al que precedió a la fundación del PS. Igual similitud se puede establecer en torno a la calidad del momento histórico en que el PS y Convergencia surgen: la aguda crisis de un determinado orden económico, social, político y cultural en Chile.

Sin embargo, tales paralelismos se dan en períodos de naturaleza claramente diferente y, por lo mismo, no son mecánicamente asimilables. La concentración y centralización capitalista actual no es la de los años treinta. Las FF.AA. y la iglesia tampoco son las instituciones de dicha época. Además,

hoy la Convergencia asume el aporte que al desarrollo de la vertiente socialista de la revolución chilena hacen —desde fines de la década de los 60— partidos, grupos y personas provenientes del cristianismo y que se expresa en los partidos MAPU, MAPU-OC e IC y también fuera de ellos. Esta contribución no estuvo presente ni con la nitidez ni con su fuerza actual en la fundación del PS. Por otra parte, la Convergencia recoge el significado histórico de un PS que —en cuanto trayectoria, ideario e implantación social— no tiene equivalente entre los grupos políticos que participan de la creación de aquél, en 1933.

Por todo ello, para nuestro partido la reconstrucción del PS y el desarrollo de la Convergencia son las piedras angulares sobre las que se asienta el proyecto de conformación de una gran fuerza social y política, de los trabajadores y popular, democrática y socialista, que constituya la mayoría social y cuya hegemonía sobre el conjunto de la sociedad permita la realización de Chile como nación en la lucha por el socialismo y la democracia.

En consecuencia, la reconstrucción del PS y la Convergencia son partes de un mismo proceso y, por lo tanto, posibles de estimularse recíproca, simultánea y armónicamente desde ya.

Sin embargo, ambas revisten especificidades propias cuyo desconocimiento sólo puede acarrear el fracaso. De igual manera puede conducir al fracaso no conjugar estas dos empresas en una misma perspectiva, sintetizando en un solo proyecto y movimiento las particularidades de cada uno.

En efecto, una historia común de 50 años, valores, tradiciones, estilos, mártires, simbolismos, lenguaje, experiencias y luchas estrechamente compartidas entre los socialistas, y entre éstos y la franja social-cultural de Chile identificada con el PS, forman un mundo diferenciado dentro del universo del movimiento popular chileno, sin cuyo concurso el proyecto de renovación y convergencia sufriría una marginalización social inicial que la dinámica de los acontecimientos puede convertir en permanente.

De aquí la necesidad de luchar por la recuperación del significado histórico y del arraigo obrero y popular del PS, tarea cuya responsabilidad no se circunscribe sólo a los socialistas, sino que alcanza al conjunto de la Convergencia, aunque sea en la reconstrucción y unidad del PS donde se plasme en lo fundamental su éxito o fracaso.

Ciertamente, no se trata de recuperar insuficiencias, vicios del pasado o teorizaciones fracasadas, ni

reeditar la convivencia formal y paralizante de diferencias irreconciliables. Esto llevaría al PS al inmovilismo y al aislamiento social, fenómenos indeseables y posibles de darse en caso de una reunificación socialista ajena a principios, ensimismada, de mero compromiso de oportunidad y desligada de un auténtico proceso de reidentificación del partido con sus principios y postulados básicos, así como de actualización de los mismos.

La memoria histórica, fresca aún, asegura la adhesión y reafirmación de las convicciones y simpatías socialistas en importantes sectores del pueblo chileno.

Pero, vistos los cambios estructurales introducidos en Chile durante los últimos 15 años —de claras consecuencias en el tejido social, la cultura, la vida cotidiana y la política— la sola unidad del PS es insuficiente para renovar y multiplicar su capacidad de convocatoria y de proyección de su influencia al conjunto de la nación, cuestiones ambas indispensables para la constitución de la gran fuerza por el socialismo, postulada en su línea frente de trabajadores como necesaria para la edificación de una sociedad socialista y democrática en nuestro país.

Por ello, concebimos a la Convergencia como un proyecto estratégico socialista, de vocación nacional y hegemónica, que por sí mismo se propone ofrecer y liderar una alternativa de cambio por el socialismo. Esto es, un proyecto de los trabajadores y el pueblo chileno cuya autonomía de la burguesía y de todo pretendido «centro de dirección ideológica y/o política de la revolución mundial», no sea comprometida ni por su debilidad social o política frente al capitalismo interno e imperialista, ni por el chantaje de aliados cuyo concurso sea decisivo para la conquista, construcción y defensa del socialismo en Chile.

Este proyecto convergencista, para realizarse plena y exitosamente, requiere asumir desde ahora la dimensión estrictamente política de la lucha por el socialismo. Es decir, la indispensable lucha por el poder y los ineludibles momentos de fuerza que se presentarán en su desarrollo. Consecuencia de esto es la urgencia de dotar a la Convergencia de una organicidad y de un sistema direccional único, aún ausentes de su progreso.

Para ello postulamos, en lo inmediato, la estructuración de un Movimiento de Convergencia Socialista con la participación de la amplia y plural gama de independientes de izquierda, organismos sociales, disidentes, grupos y partidos que se identifiquen en él y comparten la idea de conformarlo.

En ese amplio Movimiento el PS y todos y cada uno de sus miembros —en un ambiente democrático y menos rígido y limitante que el del tradicional «frente»—, podrán competir en igualdad de condiciones por el desarrollo de sus ideas y proposiciones. De este modo se preserva la identidad histórica de todos y la potencia del conjunto, se crean gradualmente las condiciones para una integración mayor de sus diversos adherentes y se prefigura —en esa dinámica— la sociedad más libre, justa, solidaria e igualitaria que la Convergencia aspira contribuir a construir: el socialismo.

Una visión futura del problema de la constitución de la Convergencia en una nueva fuerza política, lleva a concluir que ésta requiere culminar en una única y sola organización de carácter partidista, cuya democracia interna, flexibilidad organizativa, amplitud y pluralismo aseguren una vasta implantación y convocatoria social.

8. Política de alianzas

El socialismo deberá batallar incansablemente por ganar fuerzas de respaldo a su programa en los más amplios y variados sectores del pueblo. Hay espacios propicios para ello en el vasto contingente de chilenos agobiados o afectados por las diferentes formas de explotación y dominación imperantes en nuestra sociedad.

En esta tarea, los socialistas esperan contar finalmente con la colaboración y solidaridad de aquellas otras organizaciones de la izquierda, que si bien no comparten las mismas concepciones acerca de los contenidos fundamentales del socialismo y la democracia, tienen una implantación que no es posible desconocer entre segmentos del pueblo cuyo concurso también es necesario para hacer realidad la empresa liberadora propuesta.

No cabe perder confianza en que por encima de las discrepancias teóricas y prácticas actuales, terminará por extenderse la comprensión de los imperativos que debe ser capaz de satisfacer toda alternativa revolucionaria que ambicione a lograr alguna viabilidad en el futuro. Ella no se va a conseguir con el apego empecinado a esquemas, dogmas o consignas superadas por la realidad. Todo lo contrario: a la vez que rescata sus mejores tradiciones de creatividad y lucha, esencialmente expresadas en el original proyecto de Salvador Allende, la izquierda debe demostrar ante el pueblo que supo extraer las lecciones de sus errores y deficiencias pa-

sadas, las cuales tuvieron incidencias no despreciables en la derrota de 1973.

Sin verdadera renovación difícilmente puede pretenderse recuperar la credibilidad y confianza de las masas chilenas. Después de casi 10 años de opresión, es imaginable que costará movilizarse bajo la convocatoria a instaurar una nueva dictadura, aunque sea del proletariado. Asimismo, resulta poco consecuente el discurso que defiende la democracia y los derechos de los trabajadores en Chile, al mismo tiempo que justifica al autoritarismo en otras latitudes.

Por eso, el socialismo junto con reiterar su respeto y afecto hacia los militantes que con honestidad y sacrificios entregan sus esfuerzos a organizaciones populares que mantienen definiciones programáticas distintas, expresa con claridad y franqueza la decisión de presentar con nitidez las formulaciones e iniciativas propias. Si no fuera posible superar las divergencias presentes entre los distintos proyectos que coexisten en la izquierda, será el pueblo chileno el que resuelva en definitiva cuál de ellos expresa mejor sus aspiraciones y esperanzas. Ya no resulta admisible la unidad con hegemonismos preestablecidos de algunos de los que concurren a ella, ni con la descalificación de quienes en su seno levantan puntos de vista discrepantes o simplemente distintos.

Todo ello no impide sino, por el contrario, refuerza la definición de la izquierda como ámbito prioritario de diálogo y entendimiento, por cuanto el socialismo entiende que aquí se encuentran las principales fuerzas para impulsar la transformación de la sociedad chilena.

La experiencia acumulada enseña que los acuerdos unitarios se deben construir sobre bases distintas de las formales adoptadas en el pasado. La política de alianza debe guiarse por el principio elemental de supeditar lo secundario a lo primordial, pero sin renunciar al debate honesto y directo de los aspectos en los que existen diferencias, ya que ésta es la única manera de establecer acuerdos efectivamente compartidos y responsablemente asumidos. Tal debate debe ser enfrentado con pleno respecto a todos sus participantes y sujetándose a las formas de la democracia interna y el consenso.

Objetivos de la envergadura de los contenidos en nuestra propuesta, plantean una tarea en verdad ardua y compleja, cuyos frutos no se alcanzarán de inmediato. Desde luego, esta perspectiva no arredra al socialismo chileno, pues la historia demuestra que no actúa tras la búsqueda de logros fáciles ni de

oportunidades de poder que impliquen el sacrificio de los principios que orientan su accionar. Pero el camino que habrá de recorrer hasta alcanzar las metas históricas propuestas será mayor y consumirá un tiempo más largo si los desafíos no se encararan con realismo, seguridad e imaginación.

Entretanto, emerge como apremiante la exigencia de poner término a la dictadura que ha sumido al país en una crisis moral, cultural y material de dimensiones que llegan a comprometer severamente el porvenir de la nación. Las Fuerzas Armadas tienen ante sí las evidencias abismantes de su fracaso. La represión sistemática y el control de la sola fuerza material no basta para perpetuarse en el poder ni para imponer siempre la voluntad del dictador y del estrecho grupo que lo rodea sobre la amplia mayoría de la población. Mucho menos radican allí las fuentes de las soluciones adecuadas para superar los graves y múltiples problemas que aquejan a Chile.

En la lucha dirigida a poner fin al régimen militar

es legítimo concretar acuerdos con la Democracia Cristiana y todas las fuerzas sociales y políticas que actúen consecuentemente contra la dictadura y por democratizar el país. Todas ellas, sin exclusión de ninguna especie, deben concretar el compromiso que fije las reglas del proceso democratizador y eche las bases de la nueva institucionalidad que asegure el pleno respeto de los derechos humanos, la libertad, la justicia y el pluralismo.

Para establecer estos principios y normas debe procederse a realizar, a la brevedad posible, una Asamblea Constituyente cuyos miembros sean elegidos por sufragio universal y directo.

En ningún caso, ello puede conducir a lesionar o comprometer la autonomía del proyecto socialista. Sólo se trata de configurar un nuevo marco desde el cual la clase trabajadora y el pueblo seguirán brengando por sus aspiraciones hasta alcanzar la plena realización de la democracia que está indisolublemente asociada al socialismo que proponemos construir.



HOMENAJE EN EL 50 ANIVERSARIO DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

Dr. Manuel Agustín Aguirre

Hablar del Dr. Manuel Agustín Aguirre es hablar de la revolución ecuatoriana y latinoamericana. El ex rector de la Universidad de Quito nos ha honrado enviándonos este emocionado paralelo entre el socialismo ecuatoriano y el socialismo chileno, con motivo de haberse cumplido cincuenta años desde la fundación de nuestro partido.

El Partido Socialista de Chile (PSCH), acaba de cumplir el cincuentenario de su nacimiento, el 19 de abril de 1933. Para que nuestro saludo, cordial y revolucionario, no se quede en el plano simplemente formal, trataremos de señalar, a vuela pluma, algunas identidades y experiencias paralelas que acercan su historia a la del Partido Socialista Ecuatoriano (PSE), hoy Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano (PSRE), al mismo tiempo que deseamos rememorar algunos contactos personales que nos ligan estrechamente a dicho Partido fraterno.

El PSE surge de una Asamblea Nacional reunida en Quito en mayo de 1926 y al poco tiempo se escinde, cuando un sector de tendencia comunista consigue, alegando una resolución que no consta en actas, afiliarlo a la Internacional Comunista (IC), en su VI Congreso (1928), lo que significa la aceptación de los 21 puntos, la lucha de «clase contra clase» del «tercer período» y la «bolchevización» del Partido, que fueran proyectados para los partidos comunistas europeos, pero extraños a nuestra realidad. En el mismo Congreso, ya dominado por el stalinismo, se retrocede a la teoría de las etapas de la II Internacional y el menchevismo, situando a la América Latina entre los países coloniales y semicoloniales de Asia y África, sin considerar su propia identidad histórica, y se nos asigna como tarea fundamental la de llevar adelante la revolución democrático burguesa o anti-feudal y antiimperialista, que resulta incompatible con la línea de «clase contra clase», ya que implica la alianza con la burguesía. La división de dos partidos, el Partido Comunista del Ecuador (PCE) y el Partido Socialista Ecuatoriano, que man-

tiene su propio nombre, se efectúa en 1931 y en mayo de 1933, éste realiza su primer Congreso reconstitutivo. Ambos partidos no han nacido en el aire ni han sido incubados desde fuera, sino que son el preducto de determinadas condiciones económico-sociales y de profundos movimientos obrero-populares, como los que determinan la revolución socialista del 4 de junio de 1932, en el que hunde sus raíces en el PSCH, y la huelga general y masacre del 15 de noviembre de 1932, de cuya sangre brota el PSE. Adoptan el marxismo no como un conjunto de normas que deban ser aplicadas mecánicamente, sino como algo vivo y palpante que nos permite descubrir la realidad para transformarla. Siendo partidos obreros lo son también de los trabajadores en general, en donde encuentran sus fuerzas motrices. Su sentido nacional, independiente y autónomo, ya que no aceptan ni se afilian a ninguna Internacional, no les impide su internacionalismo proletario que comienza con la unidad socialista de América Latina.

El gran viraje

En 1935, la IC, en su VII Congreso, abandonando de un vuelco la línea de «clase contra clase», adopta la de los frentes populares, patrióticos o de liberación nacional, que posponen el antiimperialismo al antifascismo, en beneficio de las burguesías llamadas democráticas. La nueva línea permite el reencuentro del PC y el PSE, el frente con la burguesía, que son el corolario de la teoría de las etapas y la revolución democrático burguesa. Señalemos uno sólo como un simple dato: la

Alianza Democrática Ecuatoriana (ADE) que, integra al PSE, a pesar de la oposición de su izquierda que sostiene un frente de clase; Vanguardia Socialista Revolucionaria y el PC, a cuyas instancias el Frente Patriótico se ensancha hasta incluir al Partido Conservador y el poncismo, bajo la jefatura del conocido demagogo Velasco Ibarra, para luchar contra la dictadura "constitucional" de Arroyo del Río, corresponsable del genocidio del 15 de noviembre y de la derrota y pérdida de nuestro territorio patrio en la invasión peruana. Producida la revolución, a través de una poderosa acción de los obreros, estudiantes, maestros, intelectuales o sea de las grandes masas populares y los partidos políticos de izquierda, a los que se adhiere un sector del Ejército, espoleado por la derrota y su rivalidad con los carabineros, constituidos en guardia pretoriana de Arroyo, algunos ingenuos alardeaban de que nos hallábamos cerca o quizá en el poder, mientras las organizaciones políticas de derecha, expresión de la burguesía y los terratenientes, infiltrados en la Alianza como el caballo de Troya, ante el temor del ascenso popular, no sólo rompen dicha Alianza, impiden la aplicación del Programa, sino que organizan arteramente la contrarrevolución que culmina con el golpe de Estado militar-civil del 30 de marzo de 1946, que no sólo destruye la avanzada Constitución de 1944-45 que incorpora los derechos fundamentales de los trabajadores, sino que destruye las organizaciones de masa y los partidos de izquierda, especialmente el PSE, cuyo local, prensa y diario «La Tierra», son incendiados y arrasados brutalmente; sus dirigentes perseguidos, encarcelados, torturados, confinados y desterrados. Así pagamos nuestro tributo a las alianzas multclasistas y el error capital de los que creían que era posible realizar, aliados a la burguesía, alguna transformación significativa, inclusive de carácter democrático, dentro de un Estado burgués, sin destruirlo. Del análisis de este fracaso provino nuestra convicción de la necesidad imperativa de una revolución socialista en América Latina y el Ecuador.

Exilio en Chile

Cuando este Secretario General del PSE, en su destierro, inclusive sin papeles, llega a refugiarse en Santiago de Chile, tradicional asilo de los perseguidos, encontró que asimismo el PSCh, apenas se estaba rehaciendo de la catástrofe de los frentes populares y al constatar decepcionado la posición de los directivos centrales, entramos en contacto con la Federación Juvenil Socialista, en la que ya se destacaban figuras como la de Raúl Ampuero, más tarde secretario general del Partido, juventud a la cual tratamos de transmitirle nuestra dolorosa experiencia. Allí conocimos también a Salvador Allende, ya prestigioso parlamentario, actividad que marcará su vida política y que fuera, quizá la fuente de algunos errores, pero quien supo morir heroicamente con el arma al brazo dejándonos el ejemplo de su actitud y la orden del día de sus últimas palabras singularmente orientadoras. Allí concurrimos representando al PSE, al Segundo Encuentro de Partidos Socialistas y Populares organizado por el PSCh y alentados por la juventud socialista, enfrentamos las conocidas tesis de Haya de la Torre, el del imperialismo, primera etapa del capitalismo en América Latina, que le sirviera de trampolín para pasarse definitivamente a la derecha y al proimperialismo. Allí presenciamos las grandes concentraciones patrocinadas por el PCCh, en pro de la candidatura presidencial de Gonzáles Videla. Allí conocimos a un buen sector del proletariado chileno, el mejor organizado y politizado de América Latina y aprendimos a amar a Chile y a su pueblo.

Cuando la Unidad Popular ascendiera al Gobierno con el triunfo electoral de Allende, no estuvimos a visitar Chile, a pesar de alguna generosa invitación, pues nuestro Partido se hallaba nuevamente acosado por la furia irracional de Velasco Ibarra y además porque la experiencia vivida, digámoslo con franqueza, no llegó a convencernos de la posibilidad de la vía chilena al socialismo. Sin embargo, cuando el presidente de Chile estuvo a vivir oficialmente al Ecuador, nuestro Partido y espe-

cialmente la juventud, lo recibió a banderas desplegadas como era nuestro deber.

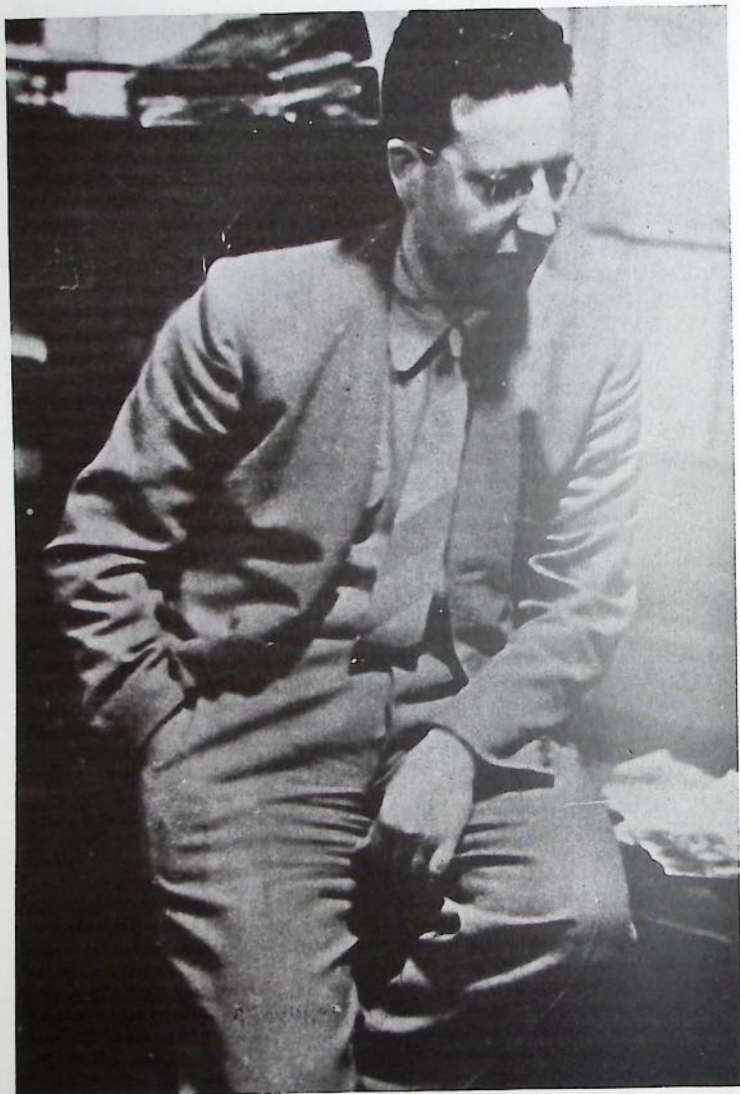
Solidaridad con Chile

Apenas producido el golpe neofascista del sanguinario Pinochet, el 11 de septiembre de 1973, ya el 17 del mismo mes, convocada por la Federación de Estudiantes Universitarios (FEUE), se realiza una gran Asamblea que agrupa a todas las fuerzas populares (sindicales, estudiantiles, de maestros, intelectuales y artistas, etc.) y los partidos políticos de izquierda, que constituyen el primer Comité de Solidaridad con el Pueblo de Chile que se organiza en América Latina y que tuvo el honor de presidir por más de cinco años. No vamos a referirnos a sus múltiples actividades encaminadas a levantar la solidaridad ecuatoriana, latinoamericana y mundial. Sólo recordaremos que en las páginas de su Revista-periódico, «Alerta», supimos denunciar no sólo la abierta intervención del imperialismo norteamericano, las multinacionales y la CIA, sino investigar las causas fundamentales del colapso del proceso chileno, en un esfuerzo de crítica y autocritica, porque considerábamos y consideramos que ningún revolucionario latinoamericano, podía ponerse al margen de hechos tan trascendentales. Con la mayor solvencia científica planteamos la incurable contradicción entre la línea del Frente de Trabajadores inherente a la revolución socialista mantenida por el PSCh,

aunque no precisamente los medios para implementarla, y el Frente de Liberación Nacional que implica la revolución por etapas y la alianza con la burguesía y que conduce a la errónea posibilidad de una transformación pacífica dentro del marco de la legalidad y constitucionalidad burguesas que sostiene el PCCh; exaltamos el esfuerzo creador del proletariado chileno con sus cordones industriales, sus centros comunales y más organismos impulsores de una alternativa de poder, desgraciadamente frustrados por la línea política predominante. De nuestras conferencias, entrevistas y mesas redondas emergió un libro que las circunstancias no han permitido publicar. Naturalmente la necesidad de un examen de conciencia repercutió en algún sector que se creía afectado y ciertas maniobras extinguieron nuestro Comité; pero el PSRE continuó esa labor infatigable.

Por eso en este cincuentenario del nacimiento del Partido Socialista de Chile, le renovamos nuestra solidaridad y anhelamos que superados los escollos que han surgido en tan larga y atormentada diáspora; salvando lo que hay que salvar de su gloriosa historia y desprendiéndose valerosamente de todo el lastre de errores y confusiones, ha de surgir poderoso y potente el Partido Socialista de Chile que, junto a los trabajadores y su pueblo, ha de llevar adelante la revolución socialista chilena.

Quito, abril de 1983.



Allende, 1939, Ministro de Salud, conversando en su gabinete de trabajo

ANALISIS

¿TEORIA DEL CAMBIO O CAMBIO DE TEORIA?

Oscar Waiss

El mundo ha cambiado, y sigue cambiando, desde los tiempos en que Marx formuló sus doctrinas fundamentales y las transformaciones de la infraestructura no siempre se han ajustado a sus previsiones. Para el autor, ser socialista no consiste en una simple repetición de axiomas, sino en un análisis sin prejuicios de la realidad contemporánea.

El mundo de hoy no pudo ser conocido por los fundadores del socialismo científico y, mucho menos, los cálculos que hoy se hacen sobre la infraestructura correspondiente al año 2000. Y no se trata de un futuro remoto. El año 2000 nos queda a diecisiete años de distancia, como quien dice, «a la vuelta de la esquina».

La población mundial tardó unos diecisiete siglos en doblar sus efectivos; dos más en doblarlos por segunda; menos de cien años en doblarlos por tercera y, probablemente, menos de cincuenta años en hacerlo por cuarta vez.

El año 2000 la especie humana abarcará a más de seis mil millones de personas y el año 2075 a cerca de diez mil millones. Se acrecentarán las diferencias del ingreso y la mayor parte de la humanidad carecerá de los alimentos necesarios para la vida.

Si no se impone un «cambio» en la conducción de las sociedades humanas nos abocaremos a una catástrofe apocalíptica. El «cambio» de rumbos no es una utopía. Es una exigencia inaplazable.

La actividad política contemporánea gira en torno al concepto de transformación de la sociedad y ello deriva de una sencilla afirmación formulada por Marx para demostrar los vacíos e insuficiencias del pensamiento idealista: no basta con lamentarse porque el mundo camine hacia el precipicio, sino que debe intentarse detenerlo. En su XI Tesis sobre Feuerbach lo dijo en esta forma: «Los filósofos no han hecho sino

interpretar el mundo de diferentes maneras: lo que importa es cambiarlo».

Este principio divide a la humanidad en dos sectores; por una parte están los «conservadores» que prefieren dejar las cosas como están dando libre curso al desenvolvimiento natural de la economía y de la sociedad y, por otro, los «renovadores» —incluimos entre ellos a los «revolucionarios»— que plantean la imprescindible necesidad de un «cambio» en las estructuras colectivas.

Sin embargo, el «cambio» tiene connotaciones muy diversas de acuerdo a quienes lo plantean y en relación con el contexto político, económico y social ante el cual se propone. Por eso dijo muy certeramente Anibal Ponce que «en la sociedad de clases en que vivimos todavía, no hay una sola palabra que no tenga sentido bien distinto de acuerdo al subrayado de la clase social que la pronuncia».

Tal vez la dificultad principal derive del hecho de que el mundo ha cambiado, efectivamente, desde los tiempos en que Marx formuló sus doctrinas fundamentales y de que esas transformaciones no se han ajustado a las previsiones del fundador de la teoría del socialismo científico. Eso conduce, a unos, a proclamar con énfasis el «fracaso» del marxismo y, a otros, a la tentativa de aplicar al mundo de hoy, a la vida real, no sólo el método dialéctico materialista, sino que la esencia misma del pensamiento de Marx, de Engels y de sus principales exégetas.

El destino de la humanidad

Lo que está en juego es no sólo la vigencia de los derechos humanos y el ejercicio de la democracia y la libertad, sino la suerte de la raza humana; mientras para ciertos sectores de la sociedad contemporánea no deben ponerse frenos al «sistema transnacional de poder» y, en consecuencia, quedan abiertas las compuertas de un posible holocausto bélico, para las grandes mayorías que integran los pueblos de todas las latitudes la necesidad de un «cambio» en las estructuras y en los rumbos se hace indispensable.

En la época de la desintegración nuclear y de la conquista del espacio, la ideología conservadora no ofrece perspectivas para esos pueblos conmocionados y alienados; mantener los actuales desniveles en la calidad de la vida y permitir que se ensanche continuamente el foso que separa a los países avanzados de las regiones subdesarrolladas refleja una visión «pesimista» del porvenir humano; justificar el dominio mundial de los consorcios monopolísticos significa someterse a la fatalidad del desenlace negativo; «después de mí, el diluvio» deja de ser una afirmación más o menos frívola y se convierte en una lápida definitiva.

Reiteramos la idea de que no todos los partidarios del «cambio» lo conciben de la misma manera y ya, en el pasado, ardió una larga polémica entre los «reformistas» que proponían introducir mejoras paulatinas en la sociedad empleando medios legales y pacíficos y los «revolucionarios» que intentaban sustituir violentamente el régimen capitalista por una sociedad socialista. Sin embargo, lo sustancial en los partidarios del «cambio» —reformistas, marxistas, anarquistas— es una proposición «optimista» para el desarrollo del género humano que, muchas veces, ha lindado con la «utopía». El sector de la humanidad que pretende transformar la vida colectiva a fin de ofrecerle a todos la oportunidad de elevar sus posibilidades de existencia suprimiendo las diferencias de condición y de clase representa, como diría Bergson, un impulso vital capaz de vencer todos los

obstáculos, hasta la muerte misma; dicho en otras palabras, que tuvieron gran resonancia en otros años, de lo que se trata es de «tomar el cielo por asalto».

Los acontecimientos actuales nos demuestran, pese a todo, que la vida suele hacer polvo los esquemas teóricos y que muchas recetas infalibles no resisten la prueba de los hechos. Para Marx y Engels la conquista del Estado por la clase obrera representaba el comienzo de un proceso que llevaría ineluctablemente al debilitamiento del Estado y a la desaparición de las clases sociales. Bakunin se enfrentaba a Marx y a Lasalle sosteniendo que en ese Estado Popular la mayoría quedaría supeditada por una minoría autoritaria. Más tarde Lenin reasumió la tesis del asalto al poder a fin de instaurar la «dictadura del proletariado» y organizar una sociedad sin clases. Rosa Luxemburgo, a su vez, reivindicó el principio de la libertad orgánica y el derecho a disentir frente a las órdenes de las cúpulas políticas.

Han transcurrido más de cien años desde que fueron conocidas las ideas de Carlos Marx y Federico Engels y más de setenta desde que Vladimir Ilitch Lenin concretara su versión de la conquista del poder por los trabajadores y esa circunstancia obliga a reexaminar las formas que debe asumir hoy el combate por la transformación de la sociedad. No se trata de negar lisa y llanamente el aporte marxista revolucionario ni de considerar al «socialismo real» como un resultado inevitable de los errores supuestos en los planteos del materialismo histórico sino, por el contrario, de adecuar el examen actual al contexto histórico en que nos desenvolvemos. Así podremos saber lo que debe entenderse por el «cambio» y no en una forma abstracta y general porque es preferible hacerlo en relación a cada región y a cada país del mundo.

El mundo se transforma

Tres son los cambios esenciales que se han producido en el curso de este siglo —y particularmente en su segunda mitad— cuyos efectos comprenden a toda nuestra especie. El primero es la explosión demo-

gráfica, el segundo la migración del campo a la ciudad, y el tercero, la fabulosa acumulación de capitales por los consorcios monopolísticos transnacionales.

Ninguno de estos fenómenos pudo ser conocido y analizado por los fundadores del socialismo científico y ni aún sus continuadores o divulgadores, como Lenin, Kautsky, Lusemburgo, Trotsky, Bukarin o Plejanov pudieron acceder a una perspectiva que les permitiera abarcar el panorama histórico.

En general, tanto la primera generación de socialistas científicos, como la segunda, se colocaron siempre en el punto de vista de la revolución mundial inmediata provocada «inevitablemente» por la progresiva división de la sociedad en dos clases enemigas e irreconciliables: la burguesía y el proletariado. Esta visión «dicotómica» de la sociedad futura resultaba, sin duda alguna, simplificador, pero la historia viva no se ajustó a tales previsiones, en parte por el efecto que sobre la masa de mano de obra operó el progreso industrial y la tecnología de punta y, en parte también, porque la explosión demográfica destruyó la vieja relación entre los habitantes de los campos y los de las ciudades.

Decíamos que una de las causas por las que el mundo de hoy difiere del cuadro previsto por los primeros socialistas científicos es el aumento apocalíptico de la población mundial, cuyos efectos empezamos a sentir en su verdadera magnitud.

Aunque la demografía no puede considerarse como una ciencia absolutamente exacta y sus conclusiones están forzadamente sujetas a imponderables como pudiera ser, eventualmente, los conflictos bélicos tradicionales o nucleares, las epidemias y plagas derivadas de la irracional explotación de la naturaleza u otras posibilidades casi demoníacas, las observaciones más responsables coinciden en sus aproximaciones, sobre la base de un desenvolvimiento más o menos normal.

Según estudios de las Naciones Unidas⁽¹⁾ la población mundial alcanzará

en el año 2000 a la cantidad de 6.095 millones de personas. La proyección de estos datos hacia el año 2000 a 2.075 nos llevaría a una cifra de 9.832 millones, de los cuales 8.460 millones (86%) vivirían en los actuales países subdesarrollados y el resto, 1.372 millones (14%) en los industrialmente avanzados.

Cuando el presidente norteamericano Carter asumió el poder encargó al Consejo sobre la Calidad Ambiental y al Departamento de Estado, el 23 de mayo de 1977, un estudio completo sobre los posibles cambios mundiales en materia demográfica, en recursos naturales y ambiente hasta el final de este siglo, a fin de que sirviera de fundamento para una planificación a largo plazo. Según los cálculos dados a conocer en este voluminoso informe⁽²⁾ la población mundial en el año 2000 ascenderá a 6.351 millones de habitantes, de los cuales 5.028 millones vivirán en las zonas subdesarrolladas y 1.323 millones en las desarrolladas.

Entre el año 1975 y el año 2000 la población mundial se incrementará en un 55% pese a que la tasa de crecimiento disminuirá ligeramente; la mayor parte del crecimiento demográfico tendrá lugar en los países atrasados (92%) y en algunos de estos países, aún en el año 2000, la tasa seguirá siendo superior al 3%; esto influye, naturalmente, en los niveles de vida, ya que aún aumentando el Producto Nacional Bruto no logra compensar el crecimiento de la población, lo que se agrava más considerando que las tasas de aumento del PNB disminuirán, según las previsiones, a partir de 1985. Y debemos considerar que la distribución del ingreso es sumamente irregular, favoreciendo siempre a los grupos dominantes, de manera que los guarismos no corresponden a la efectiva calidad de la vida soportada por las grandes mayorías. Algunas de las más grandes fortunas del mundo están ubicadas en países muy pobres y existen fenómenos atípicos como el de los emiratos árabes y sus incalculables petrodólares.

Según la científica española Carmen

(1) Datos tomados de «Población y espacio», de Rafael Puyol.

(2) «El Mundo en el año 2000». Estudio dirigido por Gerald O. Barney. Ed. Tecnos. 1982.

González(3) y atendiendo al PNB, en el año 1980 podían señalarse siete categorías diversas de países:

9.000 o más dólares per cápita: Suiza, Suecia, Estados Unidos, Canadá, Dinamarca, Noruega, República Federal Alemana y Bélgica.

De 4.000 a 8.000 dólares: Francia, Países Bajos, Austria, Reino Unido, Islandia, Finlandia, Israel, Japón, Australia, Nueva Zelanda y República Democrática Alemana.

De 1.500 a 4.000 dólares: Checoslovaquia, Italia, España, Polonia, Grecia, Bulgaria, Hungría, Yugoslavia, Portugal, Argentina y Costa Rica.

De 1.000 y más dólares: África del Sur, Argelia, Turquía, Jordania, México, Brasil, Chile, América Central y Antillas.

De 500 a 1.000 dólares: Perú, Colombia, Ecuador, Paraguay, Siria, Marruecos, Costa de Marfil, Ghana, Nigeria y Albania.

De 200 a 500 dólares: China, Indonesia, Sri Lanka, Egipto, Kenya, Madagascar, India, Zaire y Mozambique.

El séptimo grupo estaría integrado por los países en que el PNB no llega a los 200 dólares.

Aunque estos datos contengan algunos errores evidentes (caso de Argentina o de América Central) y algunas omisiones graves (en especial la URSS) son suficientes para nuestro propósito de evidenciar el abismo que separa a las diversas naciones en cuanto a sus niveles de ingreso y de vida, agregando que el PNB no es, por sí sólo, un índice absoluto.

La razón de los «verdes»

Solemos tomar con excesiva desaprensión las advertencias de los «ecologistas» y, sin embargo, ellas partes de premisas inobjetables; los partidarios del «cambio» que se olviden de esas consignas corren el riesgo de perder el tren de la historia.

En el informe elaborado a petición del

(3) Carmen González Muñoz. «Composición de la Población Mundial». Ed. Cincel. 1982.

presidente Carter y al que ya nos hemos referido, se dice: «Las actuales disparidades de ingresos entre las naciones más ricas y las más pobres aumentarán, según las previsiones. Suponiendo que las tendencias actuales prosigan, el grupo de países industrializados tendrá un PNB per cápita cercano a 8.500 dólares (de 1975) en el año 2000 y Norteamérica, Europa Occidental, Australia, Nueva Zelanda y el Japón promediarán más de 11.000 dólares. En contraste el PNB per cápita en los países menos desarrollados promediará menos de 600 dólares. Por cada dólar de incremento en el PNB per cápita en los países menos desarrollados, se prevé un incremento de 20 dólares para los países industrializados».

Paralelamente al aumento de las diferencias del ingreso se producirá un distanciamiento en la provisión de los alimentos esenciales para la vida. Según los términos del informe la extensión de tierras labrantías aumentará un 4% para el año 2000, pues la mayor parte de las tierras fértiles ya se encuentran bajo cultivo. A principios de los años setenta, una hectárea de tierra cultivada servía para el sostenimiento de un promedio de 2,6 personas y para el año 2000 tendrá que alimentar a cuatro y no es probable que la producción alimentaria se incremente con la rapidez requerida para satisfacer la creciente demanda, a menos que la agricultura mundial se torne considerablemente más dependiente del petróleo y de insumos derivados del mismo.

Se cree que para el año 2000 habrá un descenso catastrófico en la alimentación per cápita en el sur, este y sureste de Asia, las regiones pobres del norte de África y del Medio Oriente y, en especial, el centro de África, zonas en que los alimentos destinados a los sectores pobres de la población serán insuficientes para que los niños lleguen a alcanzar el peso y la inteligencia normales y para que los adultos puedan llevar una vida tranquila y gozar de buena salud. Según cálculos del Banco Mundial, el número de personas desnutridas podría pasar de entre 400 y 600 millones a mediados de los años setenta a 1.300 millones en el año 2000.

No se ven posibilidades de que la dieta

alimentaria mejore en las regiones menos desarrolladas y, por el contrario, se mantendrán niveles que la FAO considera en absoluto insuficientes. Cada día resulta más costosa la producción de alimentos por el mayor gasto de los insumos; los países menos desarrollados exportadores de cereales, como Argentina o Tailandia, aumentarán su producción pero ella sólo en parte beneficiará a los ciudadanos de esas zonas. Es probable que en todo el mundo se reduzca la utilización de insumos que permitirán aumentar los rendimientos y que el deterioro de los suelos sea mayor que lo esperado.

Estas modificaciones brutales de la infraestructura de la sociedad contemporánea y, sobre todo, de las que se producirán en un futuro inmediato, deberán tener una repercusión violentísima en la superestructura; el enfrentamiento entre los países ricos y los pobres, entre los «centros» y las «periferias», en cierta medida entre el norte y el sur, aumentará intensificando los conflictos, fomentando las revoluciones y desestabilizando la economía mundial. En el interior de los países las tensiones serán insostenibles, lo que se agravará por la inversión progresiva de los términos campo-ciudad. Los instrumentos estatales de represión no bastarán para sofocar los descontentos tanto más cuanto que los integrantes de esos medios —ejércitos, policía, tribunales, sistemas carcelarios— sufrirán, a su vez, la irremediable relación con la sociedad circundante.

Resulta paradójico sostener que esta situación contradice, pero al mismo tiempo confirma las teorías de los fundadores del socialismo científico. La contradicción en cuanto al desarrollo social no se ha ceñido a las normas propuestas por Marx, por Engels y por sus seguidores y ha desbordado las dicotomías rompiendo todos los ritmos de crecimiento de las diversas capas sociales modificando el «sujeto» social histórico; la confirma en cuanto al desborde no encuentra otras posibilidades de solución que a través del fin del dominio privado sobre los medios de producción para ordenar la producción sincronizándola con las

necesidades de supervivencia de la humanidad.

La interpretación materialista de la historia y la dialéctica como método de razonamiento positivo ofrecen perspectivas orientadas a encontrar las respuestas que el mundo anda buscando más allá del mezoquino, limitado y habitual reproche acerca de las «equivocaciones» cometidas por Carlos Marx. Los «enterradores» del marxismo estarán olvidados muchos años antes de que los principios generales de la doctrina sigan gravitando en el pensamiento y en la acción de los pueblos. Porque el duelo definitivo en el plano social, del cual dependerá la suerte de todos los hombres, se dará entre los partidarios de una nueva sociedad en que no predomine el ánimo de lucro privado y los sostenedores de la ley de la selva en el plano de la economía mundial.

La democracia como forma de vida

Para que los «cambios» sean efectivos deben resguardar los derechos esenciales del hombre. Lo expresó de una manera muy bella el socialista chileno Eugenio González(4) en el año 1947, diciendo: «Ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo niegan: la educación de los trabajadores para el ejercicio de la libertad tiene que hacerse en un ambiente de libertad».

Lenin concebía a la democracia como «una forma de Estado»; más exacto sería decir que es una «forma de vida»; no tendría otra explicación el hecho de que luchan por la democracia los pueblos de todos los continentes y que viven bajo los regímenes más diferentes. La verdad es que aún no se ha podido consagrar una auténtica democracia en ningún lugar de la tierra y, por eso, el sociólogo brasileño Fernando H. Cardoso(5) se ha preguntado sarcástica-

(4) Eugenio González Rojas. «Fundamentación Teórica del Programa del Partido Socialista». Chile. 1947.

(5) Fernando H. Cardoso. «La democracia en las sociedades contemporáneas». Revista «Nueva Sociedad», núm. 55. Julio-agosto, 1981.

mente: «¿No seremos nosotros, los que hablamos de democracia, esqueletos de dinosaurios, amontonados en algún depósito arqueológico de la historia?». Si los pueblos aspiran a la democracia es porque intuyen que no hay otra posibilidad de transformar al mundo sino mediante de «participación» activa de las mayorías.

Esta «idea» democrática subyace, evidentemente, en el seno de todos los conglomerados humanos, por encima de sus sistemas políticos o económicos; las grandes masas de los países capitalistas avanzados, precisamente por tener conciencia de las flaquezas de sus pregonadas democracias parlamentarias, proponen ampliaciones de sus derechos y tratan de intervenir en las orientaciones generales del Estado; la conciencia popular, el factor «subjetivo» operante en todo proceso de transformación social, tiene siempre presente las necesidades de resguardar y acrecentar las libertades públicas; los trabajadores de los países en los cuales se ha impuesto la supresión de la propiedad privada se alzan, igualmente —o expresan en diversas formas su propósito— buscando los medios de vivir sin los apremios de imposiciones autocráticas formuladas en nombre de un hipotético futuro. Los sucesos de Polonia confirman dramáticamente esta afirmación.

Los pueblos colonizados o que recientemente emergen a la precaria independencia de sus antiguas metrópolis invocan la democracia aunque sufran toda clase de represiones para mantener vacilantes gobiernos de los más distintos signos. El llamado «tercer mundo», integrado por una infinita gama de regímenes capitalistas o socialistas, libres o dictatoriales, tiene como denominador común la invocación democrática. El sector de los países no alineados reivindica el «principio» democrático más allá de sus distancias ideológicas. Las grandes tribunas de la democracia universal (NU, FAO, UNCTAD, OUA, OEA y otras) sirven de caja de resonancia permanente a idénticas reiteraciones. No hay «idea» más compartida, más proclamada, más invocada, que el concepto de la «democracia».

Pero también no hay sentimiento más generalizado que la denuncia de las insuficiencias, vacíos y contradicciones de la totalidad de los regímenes democráticos vigentes. No hay ser humano en el mundo que no se pregunte, alguna vez, por qué lo que es bueno en una parte, pasa a ser execrable en otra. Si los soviéticos invaden Afganistán o los vietnamitas a Camboya, se trata de un hecho encomiable, para unos, y de un crimen de lesa humanidad, para otros; pero si los norteamericanos desestabilizan al gobierno popular de Chile o arman a mercenarios para que irrumpen en Nicaragua, los papeles se invierten. Si los trabajadores polacos se lanzan a la huelga y exigen el respeto de las libertades constitucionales se convierten en renegados para los gobiernos socialistas, y en héroes, para los regímenes capitalistas. Pero si los sindicatos norteamericanos o los trabajadores turcos desatan movimientos de huelga o de protesta, son acusados en la prensa capitalista como agitadores al servicio de Moscú, mientras que los medios de comunicación socialistas los elogian sin restricciones.

Lo que está en pugna es algo más que el simple antagonismo entre los sistemas capitalista y socialista; se trata del duelo a muerte entre el «sistema transnacional de poder» —etapa actual del imperialismo—, por una parte, y el «socialismo real» —derivación moderna de las primeras revoluciones proletarias— por la otra. Esta situación que nos enfrenta a dificultades casi insuperables sólo podría resolverse en función de una democracia «directa» que asegure la presencia total de las grandes masas en los momentos coyunturales críticos.

Para los consorcios monopolísticos transnacionales, que ejercen incontrarrestable influencia sobre el bloque político-militar cuya cabeza está en Washington, la democracia es un «estorbo» y por eso ayudan y sostienen a las dictaduras más aberrantes que surgen a lo largo y a lo ancho del planeta; lo que desconcierta o confunde a muchos es que esas medidas las toman invocando, precisamente, la necesidad de defender la democracia. Y la confusión es todavía mayor cuando países capitalistas industrializados, en los cuales se ha im-

puesto la alternancia en el gobierno a través del juego democrático-parlamentario, debido a la enredada madeja de los intereses comerciales, se unen al bloque imperialista y reafirman, directa o indirectamente, a las más crueles tiranías militares o civiles.

La ficción de los derechos humanos

Para las tecno-burocracias que usurpan la representación de los trabajadores en las naciones donde impera el «socialismo real», la democracia es una varita mágica que ha permitido convertir la «dictadura del proletariado» en una dictadura «sobre» el proletariado. La «soberanía limitada» que la más grande potencia socialista aplica a las naciones de su órbita, corresponde a la «democracia controlada» que la superpotencia capitalista suele permitir a las de su zona de influencia. Las libertades esenciales y los derechos humanos, en uno y otro caso, no son más que una ficción. Los asesinatos en Afganistán o las represiones en Polonia no tienen muchas diferencias con los genocidios en el cono sur de América Latina o el implacable cerco a Nicaragua. Constituye una hipocresía intolerable el lamentarse aquí de lo que aplaudimos allá.

Por eso que reiteramos el concepto de que la democracia es mucho más que una forma de Estado; es, o debe ser, una forma de vida; si los trabajadores del mundo capitalista la anhelan con tanto vigor como los de la órbita socialista, es porque esa «idea» contiene valores generales para el conjunto de la especie humana. La democracia se ha convertido en la única posibilidad de arrasar con el poder transnacional y con la inhumanidad del «socialismo real». Al mismo tiempo, paralelamente, sin restricciones y sin condiciones. Esta proposi-

ción no excluye el camino revolucionario ni cierra ninguna puerta, ya que se trata de encontrar los medios apropiados a cada «coyuntura» a fin de ensanchar el cauce de las libertades; pero estas oportunidades no involucrarán en la medida que se aprovechen las experiencias del pasado y se marche hacia la nueva sociedad con pluralismo, con participación directa de los pueblos y con exclusión de las camarillas burocráticas profesionalizadas.

La simple lógica formal nos lleva a la conclusión de que un régimen donde se aplique la representación política sin intermediarios, o sea la «democracia directa» representa las mayores posibilidades de resguardo de los derechos humanos. Pero la fuerza de un contexto económico, político y social vigente en los países avanzados y que se proyecta sobre el llamado «tercer mundo» —denominación en todo caso dudosa— nos coloca ante la necesidad de participar en la democracia tradicional de tipo parlamentario o, sencillamente, ignorarla. Y esto, simultáneamente, nos obliga a calibrar con exactitud los alcances del «cambio» estructural posible, a través de la democracia «indirecta», y frente a la resistencia de las capas retrógradas de la población sostenidas, en el interior de cada país, por los poderes fácticos y, desde el extranjero, por el sistema transnacional de poder.

La teoría del «cambio» no debe conducirnos a un cambio de la teoría expresada en la resignación frente a la acumulación de riquezas y de poderes operada en el seno de los grandes consorcios monopolísticos y aplicada generalmente a través de gobiernos que sirven a las minorías vinculadas a esa denominación. La lucha por la democracia es el único medio para salir de la encrucijada.

No hay otro camino. No hay otra esperanza.

BOLIVAR EN EL PENSAMIENTO SOCIALISTA CHILENO

Aniceto Rodríguez

El ex secretario general del Partido Socialista de Chile, actualmente exiliado en Venezuela, nos ha remitido su ponencia en el Congreso efectuado para honrar la memoria del Libertador, que nuestra revista publica para dar a conocer este excelente aporte chileno al conocimiento de la misión bolivariana y para contribuir, así, a resaltar el homenaje que los americanos rendimos al cumplirse los doscientos años del nacimiento del prócer.

Esta calificada reunión se realiza en el marco de un aniversario más de la celebración del Congreso de Panamá, iniciado el 22 de junio de 1826 y finalizado el 15 de julio del mismo año, evento memorable que fue posible por la tenaz y visionaria convocatoria de Simón Bolívar, quien aspiró a reunir delegados plenipotenciarios de los países liberados del dominio colonial español para que asumiesen de consuno la trascendente misión de acordar una unidad mayor que la alcanzada en sus espacios nacionales. Se trataba de multiplicar las gestas libertadoras parciales para engarzarlas en una anficiónia que multiplicaba la seguridad de la independencia de las nueve naciones al acrecentar sus potenciales políticos, sus riquezas físicas y económicas y otorgaba a la unión una prestancia indiscutible en la vida internacional, evitando así la dependencia de potencias hegemónicas. Se trataba, en síntesis, de una correcta política de unidad, de integración y de autonomía frente a las naciones dominantes de la época.

Este pensamiento unitario e integrador de Bolívar proyectado hacia una convención de pueblos hermanos, no era nuevo ni improvisado. Lo había enunciado ya en pleno fragor de la lucha por la reconquista de la Independencia, cuando en su famosa Carta de Jamaica del 6 de septiembre de 1815, había escrito con clarividencia: «yo deseo más que otro alguno ver formar en América, la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria». Junto con reconocer las enormes dificultades que tal empresa

política suponía, avizoraba ya en esa fecha temprana la posibilidad real de intentarla de todos modos, convocando a representantes de las repúblicas para dialogar entre sí y también entre éstas con los de otros continentes, anticipando de esta manera la creación de una verdadera tribuna mundial como lo serían después la Sociedad de Naciones o las actuales Naciones Unidas. El genio de Bolívar se anticipaba a los tiempos. Así lo expresaba en esa misma carta: «Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos. Ojalá que allí algún día tengamos la fortuna de instalar un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios para tratar y discutir los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo».

Se necesitarían tres lustros para que ese proyectado congreso pudiese llevarse a cabo. Desde las patrias nacientes de 1810, pasando por los altos y bajos de las heroicas guerras de la independencia y las transitorias reconquistas de los colonizadores, hasta llegar a la etapa final del combate liberador de Ayacucho en 1824, no fue posible llevar a la realidad ese sueño de Bolívar. Pero recién apagados los fuegos de las recias batallas victoriosas del pueblo latinoamericano, Bolívar replantea su iniciativa enviando una esperanzada convocatoria desde la ciudad de Lima el 7 de diciembre de 1824. Por otra parte, el Congreso de los «Pactos de Unión, Liga y Confederación», suscritos por Colombia, Chile, Perú, Centroamérica y México, que

se tomaron como bases definitorias en el Congreso de Panamá y cuyas disposiciones éste transformó en un tratado que debía cumplir una Asamblea General Permanente junto a los gobiernos integrados en ella.

Por sobre limitaciones explicables, el Congreso de Panamá cumplió su objetivo esencial como lo era probar la factibilidad de una anficiónia de pueblos convocados bajo la enseña de unidad e integración. Posteriormente, esta concepción unitaria fracasa tanto por el recelo opositor norteamericano de la época, como por las apetencias de caudillos míopes y aldeanos que prefirieron mandar en patrias chicas antes de ser constructores de la Patria Grande concebida en la clarividente utopía de Bolívar y de otros calificados próceres de la gesta libertadora.

Desde el Sur, otro gran libertador, el chileno Bernardo O'Higgins, junto con poner su espada al servicio de la independencia de su país, lograda después de siete años de incesante batallar, también se caracterizó por su empeño de alentar las causas unitarias de los pueblos hermanos. Había contribuido decisivamente a la preparación de la segunda y definitiva fase de la lucha contra el dominio español con la valiosa ayuda del general José de San Martín, quien con generosa solidaridad hizo posible en tierra argentina la formación del Ejército Libertador que remontó los Andes, en epopeya gigante, para hacer posible las victorias de Chacabuco y de Maipú que sellaron definitivamente la independencia de Chile.

Educándose en Londres, en su temprana juventud, O'Higgins tuvo como maestro al Padre de la Libertad Americana, don Francisco de Miranda, con quien adquirió el compromiso de honor de luchar por la independencia de todos los pueblos de América Latina, promesa que nunca olvidó, entendiendo siempre que eran indivisibles su entrañable amor por su Patria y su vocación de unidad latinoamericana. Resulta así explicable la receptividad que encuentra en Chile en 1822, el senador Joaquín Mosquera, embajador plenipotenciario de la Gran Colombia, enviado por Bolívar para

formular la invitación al primer congreso de las repúblicas recién constituidas y la adhesión de Chile a los Pactos de la Unión, Liga y Confederación, proposiciones que O'Higgins aceptó como Director Supremo de la Nación. Pero el tiempo de la ingratitude vino pronto y mezquino, originando el exilio del prócer chileno al Perú, impuesto por la fronda aristocrática que no le perdonó como gobernante haber lesionado sus intereses materiales y desconocido sus mayorazgos y títulos de nobleza. La anarquía que sobrevino después de O'Higgins, impidió a Chile participar en el Congreso de Panamá. Los herederos de esta clase conservadora repiten años después esa nefasta política de sus antepasados, conspirando en contra de dos grandes presidentes chilenos auténticamente patriotas: José Manuel Balmaceda, derrocado en 1891, y Salvador Allende, en septiembre de 1973.

La causa de la libertad

Cabe recordar también que la tarea de reconstruir la patria nueva en Chile exigía utilizar la totalidad de sus recursos humanos y materiales disponibles en la época. Sin embargo, O'Higgins puso todo su empeño como director supremo para vencer resistencias políticas y obstáculos financieros, lo que hizo posible la Escuadra Chilena Libertadora que zarpó de Valparaíso el 14 de enero de 1819, para contribuir decisivamente a la independencia del Perú. Al esfuerzo material bélico que significó poner en armas a cinco mil hombres en dicha expedición, se agregó el empuje solidario mediante una Proclama dirigida al pueblo peruano, grande por su contenido fraterno y desinteresado: «Hermanos y compatriotas: ha llegado el día de la libertad de América, y desde el Missisipi hasta el Cabo de Hornos, en una zona que ocupa casi la mitad de la tierra, se proclama la libertad del nuevo mundo. México lucha; Caracas triunfa; Santa Fe organiza y recibe considerables ejércitos; Chile y Buenos Aires tocan al término de su carrera, gozan los frutos de su libertad, y considerados por las naciones del universo,

se presentan éstas a porfía conduciéndoles el producto de sus industrias, sus luces, sus armas y aún sus brazos; dando nuevo valor a nuestros frutos y desarrollando nuestros talentos. Ya los empleos, el honor y las riquezas se distribuyen entre nosotros y no son del patrimonio de nuestros opresores...».

«Pero llegó la época destinada por el dios de la justicia y las misericordias a la felicidad del Perú, y vuestros hermanos de Chile han apurado sus últimos sacrificios para protegeros con una escuadra respetable que asegurando estas costas, os presente recursos en todos los puntos donde escuche vuestras necesidades y el sagrado clamor de la libertad. Inmediatamente ocupará también vuestro suelo un respetable ejército de los valientes de Maipú y Chacabuco, destinado a consolidar el goce de vuestros derechos»... «Seréis libres e independientes, constituiréis vuestro gobierno y vuestras leyes por la única y espontánea voluntad de vuestros representantes. Ninguna influencia militar o civil, directa o indirecta, tendrán estos hermanos en vuestras disposiciones sociales. Despediréis la fuerza armada que pasa a protegeros, en el momento en que dispongáis, sin que vuestro peligro o vuestra seguridad sirva de pretexto, sino los que halléis por conveniente. Jamás una división militar ocupará un pueblo libre, si no es llamada por sus legítimos magistrados»... «Hijos de Manco-Capac, Yupanqui y Pachacutec: estas sombras respetables serán las garantes de las condiciones que por mi voz os propone el pueblo de Chile, así como la alianza y fraternidad que os pedimos para consolidar nuestra mutua independencia y defender nuestros derechos el día del peligro.»(1)

En una época tan reciente de dominio y colonización, las modernas concepciones del derecho internacional eran desconocidas entre los países latinoamericanos. Esa circunstancia le concede un gran valor moral y jurídico a la proclama de O'Higgins

al pueblo peruano, puesto que a la acción solidaria anticipaba el principio de no intervención de las relaciones entre las naciones del mundo.

Los cinco mil hombres de la Escuadra Chilena Libertadora arribaron a Perú y luego de batallas parciales entraron a Lima triunfalmente en 1821. La obra gigante de O'Higgins y San Martín en el Perú fue culminada entre los años 1822 y 1824 desde el Norte por Simón Bolívar y Antonio José de Sucre, vencedores en Junín y Ayacucho. O'Higgins, ya desterrado en Lima, en vísperas de Ayacucho se coloca sin vacilación a las órdenes de Bolívar, gesto que agradece el Libertador, sellándose así un compromiso de carácter continental a favor de la libertad y la autodeterminación de los pueblos.

El Congreso de Panamá fue proyectado también para proteger a la América Latina de las potencias hegemónicas que aspiraban ocupar el espacio dejado por el imperio español en derrota. Se había enunciado ya la doctrina Monroe en 1822 que con el pretexto de impedir toda intervención extracontinental, ocultaba el trasfondo de una nueva aspiración de dominio imperial en el continente. Inglaterra, por otra parte, no ocultaba su interés por la zona del Caribe dentro de la estrategia de ganar posiciones geográficas e influencias políticas de dominación, ajenas a las que correspondían legítimamente a la América Latina liberada. Bolívar defendió el derecho de Cuba y de Puerto Rico a su independencia. Tampoco pueden olvidarse los proyectos autoritarios de las grandes potencias imperiales agrupadas en la Santa Alianza, dirigidos a combatir las corrientes liberales y democráticas de al época, favoreciendo a España monárquica para que recuperase sus antiguas colonias en América.

En el curso de estas luchas surgen otros esfuerzos integradores importantes. En 1824 se aprueba la constitución que da vida a la República Federal Centro Americana integrada por Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Promotor y figura principal de esta unidad fue el líder hondureño Francisco Morazán, quien ocupó en 1829 la presidencia de las

provincias unidas de Centroamérica y debió luchar contra agentes ingleses y norteamericanos que rivalizaban por dominar esa rica zona, desmembrarla y colonizarla. La bandera unitaria levantada por Morazán es recogida después por otras figuras notables tales como Justo Rufino Barrios, de Guatemala, y José Santos Zelaya, de Nicaragua, quienes reiteran el empeño unificador ante los continuos avances colonialistas norteamericanos en el último cuarto del siglo pasado. La campaña antiimperialista de Barrios termina con su muerte en 1885. Sus banderas son retomadas años más tarde, en 1926, por el legendario combatiente Augusto César Sandino, «el general de hombres libres», quien proyecta su justa rebelión en la defensa de la soberanía de su pueblo hasta 1934, año en que es asesinado a traición por la guardia pretoriana de los Somoza.

Treinta años de luchas incesantes, de batallas sangrientas, campañas admirables con sus secuelas de incalculables sacrificios, terminaron con la desarticulación continental y con sus próceres más calificados asediados por la persecución arbitraria, el exilio injusto de sus patrias y muertos por lo general en el olvido. O'Higgins muere desterrado en el Perú en 1842; San Martín también exiliado en Francia en 1850; el mariscal Sucre, vencedor de Ayacucho, fue asesinado en Berruecos, Colombia, en 1930 por la mano homicida y cobarde que movió la envidia y la ambición de subalternos apetitos de poder. Simón Bolívar, el Libertador, quien había entregado su fortuna personal en el curso de la gesta independentista y dio muchos otros ejemplos de desprendimientos personales, muere pobre, aislado e incomprendido en Santa Marta en 1830, lejos de su Caracas natal y pensando con tristeza en sus últimos momentos que «había arado en el mar».

Tiempos de entrega y dispersión

El continente americano tuvo la virtud de haber sido la primera gran zona periférica del mundo europeo que logró derrotar

el colonialismo y la opresión extranjera. Lo hizo Estados Unidos al liberarse de Inglaterra en 1776. Los países bajo dominio español lo hacen en la gran gesta que transcurre fundamentalmente en el primer cuarto del siglo XIX. Sin olvidar el posterior proceso de mediatización y dependencia del imperialismo, cabe destacar como hecho central que la coyuntura de la independencia se resuelve favorablemente en su hora histórica como liberación anticipada del mundo oprimido de Asia, Africa y América Latina, asumiendo un carácter autónomo en relación a los ejes mundiales de la época, diseñándose ya una conducta correcta de no alineación. Este es el gran mensaje y la herencia que nos entrega el pasado y que la clase política de avanzada de hoy y de mañana siempre debiera plantear a las nuevas generaciones latinoamericanas. Una y otra vez. Sin pausas ni desmayos, con la persistencia patriótica y ligada a principios, tal como lo hicieron ayer los libertadores.

La grandeza de los próceres es reemplazada por la pequeñez de caudillos que suplantaron la unidad continental por fraccionalismos locales y en el correr del tiempo, apoyados en la penetración foránea, promueven y consolidan una verdadera balcanización de América Latina. Las acciones y pensamientos unitarios son reemplazados después por las fuerzas centrifugas de la dispersión y las rivalidades fronterizas, en virtud que las oligarquías criollas, parasitarias y holgazanas, no dan origen a burguesías pujantes y autónomas, sino que a una clase social conformista y dependiente de la dominación extranjera. En Europa, en cambio, las burguesías son capaces de dar vida a poderosos estados nacionales bajo el sello de la unidad, derriban monarquías y gobiernos absolutistas, hacen posible la revolución industrial, dan forma a sólidas estructuras jurídicas y sobre las premisas igualitarias de los enclapadistas dan vida a sociedades modernas. En cambio, en esta azarosa América Latina, las altas burguesías en un cómodo conformismo histórico, crecen mutiladas y sobreviven sólo prisioneras del imperialismo de turno: del imperialismo inglés primero y

(1) O'Higgins. La Herencia del Libertador». Autor: Alejandro Winker. Editorial Universidad de Guadalajara. 1978.

del norteamericano después. En defensa de sus menguados intereses abandonan el mandato histórico de los próceres y la siembra visionaria de Bolívar, su mensaje integrador y su incombible voluntad dirigida a liberar pueblos y no para esclavizarlos. Su reiterado mensaje para formar una gran nación, queda despedazado en el tiempo por los caudillos de turno y las burguesías entreguistas. Pasan los años sin que la miopía política desaparezca. A los reclamos de los sectores más progresistas para terminar con la dependencia, las minorías plutocráticas del presente siglo responden designando como guardianes tutelares a tiranos paternalistas: Juan Vicente Gómez, Leónidas Trujillo, Fulgencio Batista, o imponiendo dictaduras dinásticas como las de los Somoza y Duvalier, quienes administran sus países como una hacienda propia. Agotadas históricamente las dictaduras tradicionales, el sistema de agresión moderna asume en las últimas décadas el carácter de tiranías neofascistas como ocurrió en Brasil, Uruguay, Argentina y Chile.

Las fuerzas castrenses que desalojan ilegítimamente el poder civil, llegan en sus desvaríos a constituirse en fuerzas de ocupación en su propio territorio, calificando a quienes les adversan como enemigos externos y enjuician a los presos políticos como «prisioneros de guerra», como ha sucedido en Chile a partir de 1973 hasta hoy con el saldo trágico de varios miles de asesinados. Antes, los militares luchaban junto a Bolívar, Sucre, O'Higgins y San Martín para desalojar fuerzas invasoras y abrirles a sus pueblos los generosos caminos de la libertad. Hoy Pinochet y sus similares en el continente hacen la guerra a sus propios pueblos y se entregan vergonzosamente al interés extranjero de las transnacionales.

Pretexto de la seguridad nacional

Por otra parte, una burda deformación de la seguridad nacional transforma este concepto en factor de opresión interna ca-

racterizada por el absurdo de que el único garante de la soberanía es una minoría social, cuyos irritantes privilegios son protegidos por un poder represivo que en los hechos reales otorga seguridad no a la nación misma, sino a grupos internos y externos que acentúan la dependencia económica, enajenan la cultura y reprimen a sus poblaciones mayoritarias que sobreviven entre el miedo y la miseria. Las fuerzas democráticas reciben los peores golpes de su historia y decenas de miles de militantes de izquierda son asesinados mientras otros subsisten difícilmente bajo la tortura en cárceles y campos de concentración. Los pueblos viven así una larga noche de represión sin límites por las dictaduras que ensombrecen gran parte del continente.

Los problemas viejos de América Latina, el neocolonialismo y la dependencia, se han redimensionado negativamente en los años contemporáneos, paralelamente al alto grado de desarrollo del capitalismo mundial que mediante diversas formas de penetración política y económica acentúan la explotación de los países débiles. En el mundo aumentan las desigualdades y se abren brechas cada vez más profundas entre las sociedades opulentas y las sociedades pobres. El Norte industrializado se distancia en términos abismales del Sur subdesarrollado originándose graves desequilibrios crónicos que terminan por afectar al conjunto de la economía mundial, pero que inciden más peligrosamente en los países de menor desarrollo por sus precarias defensas internas. Así lo constató, por lo demás, el informe Brandt luego de extensos análisis en el llamativo Diálogo Norte-Sur que precisó con cifras y reflexiones serias la magnitud de la desigualdad entre esos dos mundos.

América Latina, es un continente riquísimo que dispone en abundancia de todos los productos naturales imaginables de la tierra, lo que permitiría alimentar adecuadamente a su población, participar con ventajas en el comercio internacional, aprovechar racionalmente sus excedentes para una mejor promoción de su desarrollo industrial y el montaje de infraestructuras que permitan garantizar vivienda, salud,

alimentación, educación y pleno empleo a sus trescientos veinte millones de seres que hoy día viven marginados en campos y ciudades.

La raíz de estos injustos desequilibrios vuelve a vincularse con las enseñanzas del proceso liberador que corre entre 1810 y 1826, que en la práctica de la lucha demostró que había que construir una región unida políticamente, integrada en sus economías y con suficiente personalidad internacional para no someterse a políticas foráneas de explotación. El hecho central es que por la desunión, que se complementa con el rol subalterno de sus clases dirigentes en la mayoría de los países, los latinoamericanos hemos sido objeto de reiterados engaños que se disfrazan como políticas continentales, panamericanistas, defensivas o solidarias. Desde la doctrina Monroe hasta la teoría de la seguridad nacional, lo único cierto es que se nos impusieron políticas y pactos de una auténtica soberanía.

No se ha resuelto, en consecuencia, la contradicción entre los factores independencia y dependencia, entre autonomía internacional e imposiciones bloquistas, entre desarrollo interno integrado al proceso económico latinoamericano y los intereses foráneos de las transnacionales. Ya sabemos como estas contracciones no resueltas han influido perniciosamente en contra de los países de la región y el standard de vida de sus poblaciones: insalubridad, analfabetismo, déficits crónicos de viviendas, insuficiente alimentación, masas campesinas en calidad de parias, carencia de infraestructuras vitales, retraso tecnológico y científico, no aprovechamiento pleno de sus profesionales y técnicos, salida de excedentes al extranjero, venta de materias primas a precios bajos y compras de manufacturas a precios altos.

Los grandes excedentes de los países capitalistas industrializados logrados en buena medida por las ventajas y fabulosas utilidades que obtienen en el tercer mundo, son usados después por el sistema financiero mundial para que éste lo use en el otorgamiento de créditos a los países subdesarrollados, promoviendo un circuito

negativo que acrecienta la distancia entre la periferia y las metrópolis. Los pueblos de América Latina han debido soportar políticas impuestas desde el exterior que no han resuelto ninguno de sus problemas básicos. Desde un panamericanismo que reflejó una filosofía monroista, hasta la falsa doctrina de la seguridad nacional, sucesivas generaciones han soportado alianzas y pactos cuyos objetivos no han sido felices. Más allá de melosas palabras y falsas promesas, lo único visible ha sido la imposición de una estrategia político-militar que se traduce para los pueblos en soportar regímenes tiránicos que atropellan sistemáticamente sus derechos humanos, civiles y constitucionales.

El Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) de 1947, fundamento de la defensa continental contra una agresión externa, no funcionó en el reciente caso de las Malvinas argentinas ante la agresión inglesa; la teoría de las fronteras ideológicas, de alianza para el progreso y la usurpación de gobiernos democráticos justificada en las premisas de la seguridad nacional, han representado, de una u otra manera, mecanismos fraudulentos impuestos a los pueblos que niegan la herencia de libertad y autodeterminación como naciones libres y soberanas.

En la ruta de Bolívar, luchamos por una patria continente

Para superar el vacío histórico proyectado a lo largo de más de un siglo y caracterizado por la ausencia de una voluntad integradora tan señeramente trazada en la independencia, las corrientes más lúcidas tratan de replantear el carácter unitario de las luchas de los pueblos. No nos corresponde en este análisis reproducir enunciados programáticos de otros partidos y movimientos latinoamericanos que consagran este principio. Pero ese es el signo que debe presidir la lucha latinoamericana del presente siglo. A este respecto, la experiencia chilena nos permite recordar que el Partido Socialista de Chile que nace a la

arena política hace cincuenta años, en 1933, se anticipa a expresar como compromiso fundamental en su Declaración de una Federación de Repúblicas Socialistas de América Latina. Con esta inspiración de 1939, en su IV Congreso General, el Partido Socialista convoca a los partidos y movimientos más significativos de la época a una reunión latinoamericana para acordar objetivos comunes de lucha al servicio de los pueblos. En plena lucha antifascista, entre los años 1939 y 1944, el socialismo reafirmó su resuelta disposición a colaborar con todas las fuerzas que en América Latina luchaban por instaurar regímenes democráticos y populares, en oposición a las formas tiránicas de poder. Era una aspiración consecuente con la lucha que en esos años se libraba a escala mundial contra el totalitarismo hitleriano.

En octubre de 1940 se celebró en Santiago el Primer Congreso de los Partidos Populares y Democráticos de América, evento que cumplió con creces sus objetivos políticos, incluyendo una resolución para luchar por el establecimiento de la ciudadanía continental, como factor de vinculación igualitaria proyectada desde las jornadas de 1810. Posteriormente, en el Congreso General del Partido, celebrado en enero de 1944, anticipándonos a las iniciativas integradoras contemporáneas, reafirmamos «la necesidad de un entendimiento económico latinoamericano, cuyo paso previo sería la celebración de una Conferencia Económica de los Gobiernos Latinoamericanos, auspiciado por el Gobierno de Chile». «En el terreno económico, la coordinación de los países latinoamericanos es urgente de obtener para un mayor intercambio y consumo de sus propias producciones y obtener condiciones justas, dignas y favorables en el intercambio y cooperación industrial y financiera entre América Latina y Norteamérica». En tal sentido, auspiciábamos la elaboración de «un Plan de Industrialización continental, partiendo de la base de un mercado de trescientos millones de habitantes». También, como anticipo del Pacto Andino de hoy, preconizamos crear el Frente Económico del Pacífico para fortalecer las rela-

ciones técnicas, económicas, culturales y diplomáticas de los países de esta subregión entre sí y los de estos con Australia, Rusia y China, en un plano de absoluta igualdad, dignidad y soberanía. Vinculado a este planteamiento apoyamos en 1952 el acuerdo concertado en Santiago entre Ecuador, Perú y Chile para explotar y defender unidos las riquezas pesqueras a límites mayores que los tradicionales. Presentamos también al Congreso el proyecto que extendía la soberanía chilena a docientas millas marinas desde sus costas.

En una línea de principios, los socialistas chilenos reiteran su política orientada a fortalecer los vínculos con los pueblos latinoamericanos y asumir una posición no alineada entre los grandes polos de influencia que gravitan en el mundo de hoy, enfrentados peligrosamente a un aterrador conflicto atómico, esta vez con el riesgo de una destrucción mundial. En el Programa de 1947, que definió el contenido humanista, democrático y libertario del socialismo chileno, en el capítulo pertinente, sostuvimos que «los problemas económicos-sociales tienen en la América Latina características que no se dan en el resto del mundo. Debemos plantearnos en términos positivos y buscar sus soluciones específicas sin subordinar nuestra posición revolucionaria a los fines políticos, económicos o estratégicos de ninguna de las grandes potencias que actualmente luchan por la hegemonía mundial».

«Para que América Latina pueda influir en la conservación de la paz y en el destino de la civilización es necesario que deje de ser una expresión geográfica y se convierta en una realidad política. Consciente de ello, el socialismo lucha por la unidad continental, sobre la base de la formación de una economía orgánica antiimperialista. La política socialista en América Latina tiene un doble significado: es el único medio eficaz para la emancipación de las masas obreras y campesinas y la única garantía cierta de nuestra independencia nacional y continental.»

«Nuestra burguesía no ha conseguido desarrollar, ni en lo económico ni en lo político, la totalidad de sus posibilidades

como clase dominante. Nuestra estructura económico-social presenta las contradicciones de fondo propias de los países semicolonias y dependientes que dificultan la acción revolucionaria de los partidos populares: junto a formas de vida y de trabajo de tipo feudal, como las que existen en la agricultura bajo el régimen del latifundio, tenemos una fragmentaria producción industrial dependiente en sus principales rubros del control técnico y financiero del capitalismo internacional.»

«Correlativamente, la madurez política de las masas acusa en el campo y en la ciudad considerables desniveles, que se acentúan en aquellas zonas en que predomina el elemento indígena. Por otra parte, las clases dirigentes, tomadas en su conjunto, se encuentran psicológica y socialmente retrasadas en el campo de las transformaciones de la economía moderna. No están en condiciones de llevar a cabo la política constructiva de gran alcance que ha de colocar a nuestros países a la altura de las circunstancias históricas.»

«Una política de tal naturaleza exige la movilización de todos los recursos humanos y materiales para integrar económica y culturalmente a las masas en una auténtica sociedad democrática, levantando su nivel de vida mediante la extirpación de los residuos feudales de nuestro régimen agrario y el aprovechamiento intensivo de nuestras fuentes de riqueza. Sólo podrá realizarla la voluntad organizada del pueblo mismo, a través de los partidos nacionales que efectivamente los representan con sentido revolucionario y conciencia responsable». Más adelante el programa socialista agrega:

«Los países de América Latina forman de hecho un complejo orgánico. Cada uno de ellos puede desarrollarse independientemente de sus congéneres pero a condición de someterse cada vez más a la influencia colonizadora del capital monopolista. Si queremos actuar con cierta personalidad histórica en la determinación de una pacífica y democrática convivencia mundial, estamos previamente obligados a cambiar esfuerzos nacionales en una política unitaria.»

«Esto significa, en primer lugar, el abandono de los propósitos anarquizantes de autarquía y competencia que han inspirado, hasta aquí, el fomento de la producción agrícola e industrial, sin otro resultado que mantener en las masas bajos niveles de vida y acentuar en los rubros substantivos del comercio nuestra subordinación con respecto a las grandes empresas extranjeras. El nacionalismo político, estimulado en su propio interés por las oligarquías criollas, ha facilitado el control imperialista de nuestros mercados de consumo y de nuestras fuentes de materias primas.»(2)

Contra el fatalismo

Fácilmente puede deducirse que en la política internacional latinoamericana del Partido Socialista, existe una congruencia sistemática, desde su nacimiento, pasando por sus congresos nacionales, la Conferencia de Programa y la conducta política de sus dirigentes en todas las tribunas internacionales. Así, finalmente, lo rubrica Allende desde la presidencia de la República cuando lleva a cabo una política de acercamiento con los pueblos latinoamericanos y los gobiernos proclives a la concentración económica.

En esta parte del análisis sobre nuestra presencia en la vida internacional, debemos agregar que nos definimos como un Partido no alineado y tercermundista y hemos luchado para que Chile como país se defina igualmente como tal. Lo hemos hecho sin tratar de imponer una decisión arbitraria, sino por estar convencidos que tal política es lo que conviene a una nación subdesarrollada y que se ubica en América Latina, continente que vive en la dependencia, y ciertos que la soberanía real y sus posibilidades de situarse en los hitos históricos de las sociedades modernas, se logrará en un marco político independiente de los bloques mundiales. Esta posición socialista chilena no es de hoy, pues ella fue definida

(2) Programa del Partido Socialista de Chile. Ediciones «Nuevos Rumbos». (Exilio. Caracas, 1976.)

con el nacimiento mismo del Partido, que señaló para los socialistas chilenos la obligación de buscar un camino propio hacia el socialismo e insertar el combate liberador del pueblo en el marco de la emancipación continental latinoamericana. En otras palabras, definimos a tiempo, hace ya cincuenta años, una política internacional que después se vería confirmada en su justeza por las complejas relaciones mundiales contemporáneas.

Esta apreciación internacional nos conduce a participar en las primeras reuniones tercermundistas y no alineadas como lo fueron las celebradas en Bandung, El Cairo, Acra, Túnez y Argel. En dichas reuniones participamos solidariamente con el esfuerzo integrador de numerosos países que en su gran mayoría habían conquistado su independencia al finalizar la segunda guerra mundial.

La política de no alineación rechazaba, por esencia, la política de bloques que da origen a la guerra fría caracterizada por tensiones y conflictos dañinos para la paz mundial y que se traduce en competencias de preparación bélica que van desde las armas convencionales, hasta una rivalidad atómica que amenaza destruir a la humanidad en un holocausto universal. En consecuencia, no alinearse es trabajar por el desarme mundial y rescatar recursos cuantiosos para el desarrollo de las naciones no industrializadas e incluso, para que las de alto desarrollo resuelvan agudos problemas vinculados al desempleo y la recesión de guerra, por una economía de paz al servicio de todos los pueblos.

Debemos añadir que la pugna bloquista de las grandes potencias determina que en sus zonas de influencias se estimule el ascenso al poder de fuerzas militares que asumen un carácter autoritario alimnando la decisión democrática de las sociedades civiles que son relegadas a un inmovilismo forzado. El privilegio de los grandes centros de poder para decidir en forma exclusiva el destino de los pueblos débiles, asumiendo una representación arbitraria, deberá ser siempre un motivo de rechazo para los latinoamericanos que nos sentimos herederos del mensaje bolivariano.

Desde otro punto de vista, no alinearse impide atarse al monocentrismo ideológico que implica alguna suerte de sumisión política y conduce a subestimar las fuerzas nacionales para participar con personalidad propia en la vida internacional. Más de una vez se ha planteado al Partido Socialista, la conveniencia de optar entre uno de los dos campos que predominan en el mundo. ¿Estábamos obligados a aceptar este dilema? La respuesta fue siempre negativa, pues rechazamos esa concepción fatalista de tener que optar por uno de los grandes centros de poder o varicarnos ideológicos. Entendimos siempre que la vida internacional debe insertarse en un sistema de cooperación y de solidaridad con derechos iguales para todos los pueblos, sin imponer dependencias estratégicas ni monopolios de verdades absolutas. Por lo demás, una política internacional independiente para Chile y América Latina no implica situarse en un plano de enemistad respecto a las naciones más desarrolladas. Con todas ellas deberían mantenerse amplias relaciones diplomáticas, comerciales, científicas o culturales, recíprocamente útiles para el progreso y la paz mundial.

En definitiva, los socialistas chilenos pensamos que no puede justificarse la adhesión a un centro hegemónico por simples razones de vecindades geográficas, pues es una política carente de principios, menos aceptable aún para quienes están más obligados a respetar el derecho de cada pueblo a elegir su propio camino hacia el socialismo. Los principios de autodeterminación y de no intervención no pueden dar lugar a una política acomodaticia que acepta o rechaza según qué bloque viole esos principios. Se cae así en el sofisma de que tales intervenciones con malas cuando las comete el campo contrario y buenas cuando las comete el bloque de sus afectos, lo que conduce a aceptar una política internacional desprovista de ética y de justicia. Esto explica nuestro rechazo a ese absurdo maniqueísmo que conduce a calificar como buena la intervención yanqui en Santo Domingo y mala la de Afganistán por la URSS o, a la inversa, buena la intervención soviética en Checoslovaquia y Polonia y

mala la de Estados Unidos en contra de Cuba —Bahía Cochinos— y ahora en su condenable intervención en El Salvador y en contra de Nicaragua. Esas intervenciones han atropellado, sin excepción, la libre determinación de los pueblos y ninguna justificación es válida para aceptar esta suerte de fatalismo geográfico-político. El reparto de Yalta, que asignó zona de influencia para las potencias vencedoras de la última guerra, no puede tener vigencia en el mundo de hoy. Mucho menos para los pueblos latinoamericanos.

El tercer mundo se fortalece

Los países marginales adquieren conciencia que unidos podrán influir con más éxito en sus demandas de condiciones justas en los mercados mundiales y en la defensa de los precios de sus materias primas. Los pueblos nunca dejan de luchar y así se explica que el tercer mundo aumenta su presencia internacional tanto por la magnitud de sus riquezas, como por conquistar posiciones más coherentes en los organismos especializados de las Naciones Unidas. Sin embargo, estos países siguen careciendo de recursos financieros suficientes y no cuentan con asistencia técnica adecuada para incorporarse verdaderamente a niveles modernos del desarrollo y alcanzar así más altos standards de vida para sus poblaciones.

Tanto el capitalismo altamente desarrollado como el socialismo real, encuentran mecanismos integradores que protegen amplias áreas de naciones interdependientes entre sí, articulando sus economías en amplios espacios macroeconómicos. El CAME une las economías en amplios espacios y armoniza procesos productivos, alcanzando así una positiva flexibilidad en el funcionamiento de los mecanismos de intercambio. En Europa Occidental, desde la limitada Comunidad del Acero y del Carbón de 1951, se logra un relanzamiento de las políticas integradoras con los Tratados de Roma de 1957 que hicieron posible la Comunidad Económica Europea, el Mer-

cado Común, el Euratom, el Parlamento Europeo, la Corte de Justicia, el Consejo de Ministros, en fin, adopción de políticas comerciales monetarias y arancelarias que atenuan en medida importante los desajustes recesivos. En ambos campos, socialista y capitalista, la integración económica es precedida por una definida voluntad política, sin la cual sería ilusoria la funcionalidad de propósitos comunes que hacen posible tales integraciones. Es la voluntad política como factor esencial para la unidad integradora de la que han carecido las naciones latinoamericanas.

El Tercer Mundo, si bien con atraso propio de contextos históricos desfavorables, en las últimas décadas comprende la utilidad de encontrar coincidencias y buscar acuerdos que defiendan los intereses de los olvidados continentes de África, Asia y América Latina. Es bajo este impulso que surge el Grupo de los 77, que ya supera el centenar de países y conquista posiciones en la vida internacional, al aumentar su peso en las deliberaciones de Naciones Unidas y ganar acuerdos positivos en numerosos otros organismos internacionales. Lo más significativo es que se abre paso el movimiento de los países no alineados con una clara visión política de los problemas mundiales y una firme decisión de dialogar con todos pero al margen de una política de bloques.

América Latina, específicamente, ha desarrollado esfuerzos por integrar las economías de la región. Con este propósito en 1960 se crea la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) y se conciertan acuerdos subregionales de mercados comunes en Centro América y entre los países andinos. Con anterioridad, como agencia especializada de la ONU para la zona se había creado la Comisión Económica para América Latina que ha realizado diagnósticos positivos, aún cuando algunas de sus recomendaciones han sido objeto de controversias.

La experiencia probó que la ALALC redujo en la práctica sus expectativas originales porque fue concebida con una misión puramente mercantilista, a lo que se agrega la carencia de voluntad política de la mayo-

ría de los gobiernos para llegar más lejos en el proyecto integrador. Las transnacionales y el imperio, por otra parte, han obstaculizado notoriamente los proyectos de integración latinoamericana. Sólo recientemente, la creación del SELA permite cifrar mayores expectativas al definirse en términos más concretos que ayer objetivos específicos de desarrollos productivos para la región.

Otro aporte positivo a la causa de los pueblos del Tercer Mundo fue la iniciativa mexicana del presidente Echeverría al obtener que la ONU aprobase en diciembre de 1974 la «Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados», que previamente había encontrado en Chile un gran respaldo durante el gobierno de Salvador Allende al celebrarse en Santiago la reunión de la III UNCTAD, en 1972.

Finalmente, el funcionamiento del Parlamento Andino, con sus inevitables limitaciones, representa un avance positivo para el diálogo entre los representantes de varias nacionalidades que han contribuido a otorgar respaldo para un buen funcionamiento del Pacto Andino y la protección de los derechos humanos atropellados por regímenes dictatoriales.

En todo caso, está claro para todos que la regimentación dictatorial de gran parte del continente constituye el mayor obstáculo para alcanzar una verdadera cohesión entre los países del área. Así lo probó Pinochet al retirar a Chile del Pacto Andino. La integración política, económica y cultural de América Latina está indisolublemente unida a la democratización continental.

Al terminar estas reflexiones, podemos resumir expresando que el Partido Socialista de Chile nace a la vida política con un sello de indiscutible autenticidad, al recoger en su pensamiento político las valiosas enseñanzas que entrega tanto el desarrollo histórico nacional como latinoamericano. En el primer caso, recoge las aspiraciones soberanas del pueblo chileno que parten desde la heroica y prolongada apopeya araucana y la gesta misma de la independencia, pasando por su constante resistencia a la explotación foránea de sus riquezas,

hasta arribar a las actuales horas trágicas, sin que el pueblo abandone su tradición libertaria orientada hoy a derrotar la dictadura que el imperialismo impuso en 1973. En esta forma el Partido Socialista recoge las mejores tradiciones de la nacionalidad dando lugar en su constante histórica a una vertiente de pensamiento que se singulariza por su autonomía al rechazar adscribirse a monocentros ideológicos mundiales. Como lo dijimos en otro documento: «Sin caer en chauvinismos condenables, el Partido acentuó siempre su carácter nacional, condición que le otorgó su perfil histórico y su gran arraigo en las masas trabajadoras chilenas. No podía ser de otra manera, pues defender la esencia de nuestros propios valores autóctonos, la idiosincrasia y cualidades específicas del pueblo chileno, no era ni puede ser patrimonio ni bandera de la burguesía extranjerizante, sino postulados del movimiento obrero y socialista que siempre defendió los intereses de la Patria verdadera».

El Partido también se declara inserto en la gran patria continente que es América Latina y partícipe solidario de cada una de las luchas liberadoras de sus pueblos. Somos así, herederos del mensaje integrador de Simón Bolívar, revolucionario ejemplar de su tiempo y en cuya memoria se celebra este Congreso de relevantes figuras del pensamiento político contemporáneo.

En la memorable Carta de Jamaica de 1815, documento de gran contenido por su visión política, Bolívar dijo de Chile: «El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no

alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas; en una palabra, Chile puede ser libre».

El desarrollo democrático e institucional de Chile, rara vez alterado en el curso de siglo y medio de historia, le dio plena razón al Libertador. Pero esta vocación democrática del pueblo chileno le fue interrumpida a traición por asaltantes de un poder legítimo para instaurar una sangrienta tiranía y servir oscuros intereses de

la plutocracia interna y del imperialismo extranjero. Pero estamos ciertos, como lo quiso el Libertador, que nuestra patria, volverá a la democracia y a la libertad. Por eso es que repetimos con Neruda:

«Libertador, un mundo de paz nació en tus brazos.

La paz, el pan, el trigo de tu sangre nacieron, de nuestra joven sangre venida de tu sangre saldrán paz, pan y trigo para el mundo que haremos.»



Una típica actitud de Salvador Allende

EL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE EN EL CONTEXTO DEL MARXISMO LATINOAMERICANO

Belarmino Elgueta

Nada resume mejor este trabajo de Elgueta que el párrafo final, donde afirma que el movimiento socialista no se reencontrará con las masas a través de la moderación de sus concepciones ideológicas, sino concordando éstas con una práctica revolucionaria real. Tal ha sido, siempre, el pensamiento central de nuestra revista.

El partido Socialista de Chile adhirió al marxismo desde su fundación, el 19 de abril de 1933, si bien con una posición contraria al dogmatismo, considerándolo en todo instante como un pensamiento crítico en constante discusión y enriquecimiento. En sus elaboraciones teóricas coincide con las nuevas corrientes interpretativas y en algunos aspectos se anticipa intuitivamente en caracterizaciones a las que, mucho más tarde, investigaciones sociales le darían una fundamentación científica. Como parte integrante del movimiento revolucionario latinoamericano, recoge las tendencias preexistentes en éste y proyecta orientaciones generales que han sido puestas a prueba, con distintos resultados, en el proceso histórico de nuestro continente.

¿Qué es el marxismo hoy?

Pero antes es preciso preguntarse ¿qué es hoy el marxismo? En el período finisecular era fácil definir esta concepción como el pensamiento de Marx, complementado por Engels y apenas interpretado o, más bien, difundido por la primera generación de seguidores del maestro. Mas, a partir de la revolución rusa, la situación cambió radicalmente. El marxismo ya no es sólo un conjunto de principios generales, sino que comprende también prácticas revolucionarias que confrontan la validez de aquéllos con la experiencia histórica.

En esta perspectiva cabe señalar desde luego que Marx no se ha petrificado ni es inmóvil, sino que por el contrario sólo

inauguró un movimiento que continúa su desarrollo. «Aunque su proyecto —expresa Jean Desanti— haya sido en su mayor parte científico, no fue especulativo, no se encerró en sí mismo consumiéndose en la unidad de un sistema cerrado. Al contrario, ha dado nacimiento a una sucesión encadenada de prácticas y estrategias revolucionarias; ha engendrado productos que viven y se oponen a la sociedad actual; esos —productos—, no son exclusivamente ideas y conocimientos, sino agrupaciones humanas que, invocando al marxismo, son capaces de poner en movimiento inmensas fuerzas materiales(1)». El mismo autor agrega que el marxismo se distingue de las filosofías tradicionales en que «está siempre inconcluso y rechaza toda clausura del sistema».

El surgimiento de las sociedades que proclaman su transición socialista escinde, pues, al marxismo en dos grandes fases a tal punto que hoy, cuando se discute la existencia de una crisis del mismo, muchos se refieren al «socialismo realmente existente» y no al pensamiento de Marx. Este es, por cierto, un tema que no examinaremos ahora. Sin embargo, conviene señalar que existe heterogeneidad acerca de lo que debe entenderse por marxismo entre quienes enarbolan su bandera en la lucha por transformar a la sociedad burguesa.

Actualmente, el marxismo es un debate siempre abierto. Este pensamiento, esen-

cialmente crítico, ha sido objeto de distintas interpretaciones en medio de tormentosos procesos históricos. El propio Marx ha estado en el centro de la controversia, distinguiéndose entre el Marx joven y el Marx maduro, así como el mismo ha sido diferenciado de Engels. Muchos otros pensadores, definidos como marxistas, han exhibido a su vez discrepancias respecto a ambos y entre sí. Similar situación se presenta en los procesos revolucionarios desarrollados bajo la bandera del marxismo, donde han surgido modelos no capitalistas de desarrollo.

Marx no dejó, pues, a sus seguidores una teoría acabada de una vez y para siempre. Lenin advirtió precisamente que Marx «sólo nos ha proporcionado las piedras angulares...». Entre los autores contemporáneos, Althusser agregó algo más categórico todavía: «lo que nos ha dado —dice— no es un sistema total, unificado y concluido, sino una obra que conlleva principios teóricos y analíticos sólidos y, junto a ellos, dificultades, contradicciones y lagunas. No hay por qué asombrarse. Si nos ha dado al comienzo de una teoría de las condiciones y de las formas de la lucha de clases en las sociedades capitalistas, sería insensato creer que podría ser —pura, y completa desde sus orígenes(2)». No hay en esta herencia marxista —agrega el mismo filósofo— una verdadera teoría de las organizaciones de la lucha de clases y antes que nada del partido y del sindicato.

Preocupado por el desarrollo histórico de la sociedad humana, tampoco Marx se dedicó a ofrecer recetas para los problemas inmediatos. En este sentido, Umberto Cerroni sostiene con razón que «Marx ha basado sus razonamientos sobre largos períodos de la historia, y no es menos cierto que las perspectivas de corto plazo están en Marx tan arraigadas en la crítica de lo existente que no anticipa casi ninguna indicación política concreta. Lo que nuevamente significa que las más graves responsabilidades deben ser atribuidas, tanto en el

plano interpretativo como en el ejecutivo, a quienes (y son muchísimos entre los seguidores de Marx) han reducido por así decirlo, las distancias entre la teoría y la práctica, entre la ciencia y la política(3). De modo que no hay otro camino que pensar con nuestras propias cabezas los problemas de hoy, sin otra ayuda de Marx que los fundamentos para la comprensión de la realidad que nos legó con su obra.

En este sentido, Lukács va más lejos aún ya que en un momento en que se discutía sobre *ortodoxia* marxista dice que ésta se refiere exclusivamente al método. En efecto, el filósofo húngaro expresó ya en 1919: «Pues suponiendo —aunque no admitiendo— que la investigación reciente hubiera probado indiscutiblemente la falsedad de Marx, todo marxista "ortodoxo" serio podría reconocer sin reservas todos esos nuevos resultados y rechazar sin excepciones todas las tesis sueltas de Marx sin tener en cambio que abandonar ni por un minuto su ortodoxia marxista. Así, pues, marxismo ortodoxo no significa reconocimiento acrítico de los resultados de la investigación marxiana, ni "fe" en tal o cual tesis, ni interpretación de una escritura "sagrada". En cuestiones de marxismo, la ortodoxia se refiere exclusivamente al método(4). En un prólogo escrito en 1967, el viejo Lukács reitera la validez de este juicio de su juventud.

La teorización en Chile

Como ya se ha dicho, el socialismo chileno asumió, desde su nacimiento, el marxismo como una posición crítica, contraria a todo dogmatismo. En su Declaración de principios, aprobada en el acto de fundación el 19 de abril de 1933, expresa: «El Partido acepta como *método* de interpretación de la realidad al marxismo, rectificado y enriquecido por todos los aportes científicos del constante devenir social(5). Cu-

(1) Jean Desanti, «El marxismo», capítulo de *La Filosofía de Hegel a Foucault, del marxismo a la fenomenología*, Ediciones Mensajero, Bilbao, 1974. Págs. 378 y 379.

(2) Louis Althusser, *Dos o tres palabras (brutales) sobre Marx y Lenin*, revista *Dialéctica*, año V. núm. 8, junio 1980. Puebla, págs. 101.

(3) Umberto Cerroni, *Marx y Lenin*, revista *Nueva Política*, vol. II, núm. 7, 1979. México, pág. 226.

(4) Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, Editorial Grijalbo, S.A. México, 1969, págs. 1-2.

(5) Revista *Caminos de libertad*, EILA, S. A. México, 1979, pág. 39.

riosamente, esta declaración, por una parte, coincide con la definición de Lukács pero, por otra, la contradice en apariencia, ya que el pensador húngaro agrega que «ese método no puede continuarse, ampliarse, ni profundizarse más que en el sentido de sus fundadores» excluyendo de esta manera su rectificación.

Más tarde, en la fundamentación teórica del Programa de 1947, se expresa: «La doctrina socialista no es un conjunto de dogmas estáticos, sino una concepción viva, esencialmente dinámica, que expresa en el orden de las ideas políticas las tendencias creadoras del proletariado moderno. Producto de una situación histórica definida, ella se ha ceñido en su desarrollo al ritmo del movimiento social, *enriqueciéndose* de continuo con la experiencia de lucha de la clase trabajadora» (6). Aquí ya no se habla de rectificación.

El mismo Lukács hace presente, por otra parte, que «la mejor formación teórica no sirve absolutamente de nada, si se limita a lo general» (7). Para ser eficaz en la práctica ha de expresarse en la solución de los problemas particulares, esto es, las realidades objetivas que debe confrontar la praxis revolucionaria. Esa es, precisamente, la mayor insuficiencia y, por lo tanto, debilidad del movimiento popular latinoamericano: no haber creado una teoría *específica* con raíces en su propia realidad. Como alguien ha expresado, Marx no pensó en Chile o en el conjunto de los países de nuestro subcontinente, pero nosotros tenemos el deber de hacerlo.

En este sentido, la teorización revolucionaria ha asumido en nuestro país, a lo menos, tres modalidades distintas. Ellas son: a) el periodismo obrero, predominante en los inicios del presente siglo; b) los documentos de organismos de dirección política y sindical, y c) la elaboración científica de los medios académicos. Por lo general, las decisiones políticas fueron tomadas por los dirigentes partidarios, sin contar con un

asesoramiento teórico, si bien no puede negarse la influencia ejercida por algunos intelectuales marxistas a través de sus análisis de la realidad histórica y social (8).

La discusión producida en los años sesenta acerca del modo de producción que habría predominado en la centuria pasada, como consecuencia del desarrollo colonial y la independencia, tuvo sus antecedentes en obras historiográficas publicadas con anterioridad. Entre sus autores, algunos sostenían que nuestro país era, desde el siglo XIX, un país capitalista, particularmente por el surgimiento de su *industria* minera, en tanto que otros explicaban el desarrollo nacional a través de la combinación de un sector industrial en las minas y ciudades con un sector agrícola de tipo feudal. La teoría de la dependencia terminaría por dar un nuevo sentido a aquellas proposiciones encontradas.

Los estudios acerca del desarrollo del capitalismo en Chile pusieron en la mesa otra discusión. Ella se refería a si la burguesía era homogénea, en cuanto a clase dominante, con una estrecha relación entre sus fracciones y dependiente del capital extranjero, o si por el contrario en ella subyacía una burguesía industrial progresista opuesta a la oligarquía de los sectores monopolísticos. Este debate, como el anterior, reviste implicaciones políticas, toda vez que de dichas concepciones derivan las líneas diferenciadas de *frente de trabajadores* de los socialistas y de *frente de liberación nacional* de los comunistas. Ellas valorizan de distinta manera, en efecto, las contradicciones interburguesas, las cuales tienen una importancia decisiva en la definición de las estrategias y de las tácticas de lucha.

Una situación similar se presentó respecto a la clase obrera, en cuanto era necesario el conocimiento científico de su composición interna. La discusión fue la misma: ella era a su vez homogénea, en cuanto clase dominada, opuesta radicalmente a la burguesía, o su estructura, dentro de su complejidad, era desigual y hete-

rogénea. En el fondo de esta disyuntiva como de la anterior, problemas políticos requieren una interpretación cabal, como el de la oposición burguesa a la dictadura de Pinochet y, su contrario, el relativo al apoyo de sectores de trabajadores a la misma como ha quedado en evidencia en estos últimos años.

Parece evidente que la teoría específica sobre el desarrollo de la sociedad chilena es todavía insuficiente, ya que no la logrado penetrar en el fondo de los conflictos de clases. Esta situación tiene graves consecuencias, como quiera que los partidarios populares encuentran dificultades para formular sus políticas del poder y promover formas democráticas de acción, pues todo indica que sin la ayuda de dicho instrumental teórico no podrán avanzar en la consecución de esos objetivos.

Las universidades han ayudado poco a este proceso, ya que no existió, en los planes de estudio una enseñanza sistemática de marxismo. En la Universidad de Chile, en el campo de la economía, por ejemplo, recién empezó a despuntar hacia mediados de los años setenta. «Cuestiones que hoy parecen terriblemente elementales empezaban entonces —dice Pío García— recién a plantearse acuciantemente: la correspondencia epistemológica necesaria entre objeto de estudio, teoría y método: la necesidad de descubrir en el marxismo ya no sólo una referencia para el enunciado de una problemática, sino las bases teóricas y metodológicas idóneas para abordarla». (9) En los hechos, el estudio de la economía marxista no adquirió desarrollo adecuado sino hace el período 1970-73.

Con todo, el mismo autor se refiere como a fines de la década de los sesenta se dieron a conocer numerosos estudios sobre el capitalismo dependiente chileno. Entre otras materias, examinaban la desnacionalización de la economía, su tendencia a la concentración y centralización, la vinculación de los grupos monopolísticos, los mecanismos de la exacción imperialista, la composición de la actividad económica del

Estado y sus efectos negativos sobre la ocupación, la distribución del ingreso, la estructura productiva y las posibilidades de crecimiento de la economía. Estas investigaciones, que describen y analizan condiciones reales de la sociedad, sirven a los trabajadores en su lucha por transformarlas.

Concepción estratégica del P.S.

La utilización creadora del método marxista en el estudio de la realidad chilena supone superar el dogmatismo universalista, por una parte, y el particularismo teórico, por la otra, tras la integración dialéctica de elementos positivos contenidos en ambos. No se trata de promover una acción *eclectica*, sino de una unidad científica entre lo universal y lo específico. De una operación como ésta que implica el análisis riguroso de la realidad, el Partido Socialista ha extraído algunas caracterizaciones básicas que fundamentan su política.

Esa actividad teórica ha sido posible por su independencia de la segunda y la tercera internacional, cuyas orientaciones eurocentristas conducían a la impotencia a las masas trabajadoras de los países latinoamericanos. La primera por su interpretación economicista de la concepción formulada por Marx en *La contribución a la crítica de la economía política*, en el sentido de que el socialismo advendría como un resultado al desarrollo del capitalismo. La segunda por su subordinación de la revolución latinoamericana a este mismo proceso en Europa, aunque Lenin había interpretado dicho condicionamiento histórico como la maduración del modo de producción capitalista a un nivel mundial.

Desde luego, la definición socialista de la revolución chilena es el resultado del análisis de la sociedad y de la experiencia política del movimiento popular. Antes que se reconociera en la fundamentación teórica del Programa de 1947, se expresa de manera difusa en los propósitos de la insurrección de la marinería de 1931 y de la república socialista de 1932. Después, se incorporará en forma más elaborada en el

(6) Revista *Caminos de libertad*, EILA, S.A., México 1979, págs. 41 a 48.

(7) Georg Lukács, *Lenin*, Editorial Rosa Blindada, Buenos Aires, 1968, pág. 40.

(8) Gabriel Salazar, *Ruptura histórica y recapitulación: balance para un siglo de historia proletaria en Chile*, mimeo, Inglaterra, julio 1980.

(9) Pío García, *Concepciones económicas y acción política: consideraciones sobre la experiencia chilena*, *Problemas de Desarrollo*, núm. 42, México, D.F. mayo-julio 1980.

programa básico de gobierno de la Unidad Popular y en las plataformas de lucha de los gérmenes de poder popular surgidos en el período 1970-73.

El Partido Socialista rechaza, desde 1947, la disociación del proceso revolucionario en dos etapas diferenciadas, con clases hegemónicas distintas. En la fundamentación teórica del Programa aprobado en ese año así se afirma, al tiempo que se reconoce el carácter socialista de la revolución chilena. «Por ineludible imperativo de las circunstancias históricas —expresa—, las grandes transformaciones económicas de la revolución democrático-burguesa —reforma agraria, industrialización y liberación nacional— se realizarán en nuestros países latinoamericanos a través de la revolución socialista».(10)

En el capítulo titulado *La situación de América Latina*, se caracterizan sus formaciones sociales y sus problemas, cuyos rasgos principales no se representan en otras áreas del mundo. Entre ellos, destaca el subdesarrollo y la dependencia del subcontinente. Nuestra estructura económico-social exhibe —se expresa— las contradicciones de fondo propias de los países semicoloniales y dependientes, donde coexisten formas de vida y trabajo de tipo feudal en la agricultura bajo el régimen del latifundio, con una fragmentaria producción industrial dependiente en sus principales rubros del control técnico y financiero del capitalismo internacional.

En esta estructura socioeconómica predominantemente capitalista, la burguesía interna no es antagonista al imperialismo, sino que está estructuralmente ligada a él. De dicha relación se deriva su incapacidad para cumplir los objetivos históricos que persiguió, en una primera fase, en los países europeos hoy avanzados. Tributaria del imperialismo, ella no ha desarrollado, ni en lo económico ni en lo político, la totalidad de sus posibilidades como clase dominante, se encuentra psicológica y socialmente retrasada en el campo de las transformaciones de la economía moderna,

situación que la excluye como agente de una revolución democrático-burguesa.

No cabe plantear, en estas condiciones, una revolución sólo «democrática, antiimperialista y antimonopólica», fundándola en el carácter dependiente del capitalismo y en la presencia de formas precapitalistas y que condicionarían una estructura de clases y un sistema de contradicciones supuestamente favorable. Por el contrario, dicho carácter dependiente hace, precisamente, que una revolución antiimperialista sea también socialista. Las contradicciones interburguesas no pueden tener para la clase trabajadora a su vez otro valor que no sea el táctico, por lo que el carácter de la revolución está determinado por el objetivo estratégico, proyectándose como una transformación global e ininterrumpida de la sociedad.

De esta definición estratégica, se deriva la política de alianzas. Si la revolución tiene un carácter socialista, las alianzas se limitarán a las clases y capas sociales explotadas; pero si la revolución es sólo democrática, las alianzas se extenderán a la burguesía «progresista», subordinando los intereses históricos de aquéllas a los de ésta. Ella es una línea demarcatoria entre la concepción política de frente de trabajadores, defendida por el Partido Socialista, y la de frente de liberación nacional, patrocinada por el Partido Comunista.

La década comprendida entre 1947, en que se formula el programa, y 1957 en que se elabora la línea política de frente de trabajadores, es de intenso trabajo teórico. Agotada la experiencia populista, el Partido Socialista señala un nuevo camino: la construcción del más amplio frente de trabajadores bajo la hegemonía de la clase obrera revolucionaria, la formulación de una plataforma común de lucha para el período inmediato y la elaboración de un programa de construcción socialista. Este frente de trabajadores —que tiene su germen en la «alianza de trabajadores manuales e intelectuales» de 1933 y su cristalización en el «poder popular» de 1973— supone poner fin a las políticas de conciliación con el frente de los capitalistas, o con

una de sus fracciones, sobre la base del programa de estos.

Este camino es un proceso de *autonomización* política de los trabajadores, por medio del cual desarrollan su capacidad para programar sus alternativas de acción en la lucha por el poder y la edificación socialista. En este marco conceptual, la clase trabajadora adopta una política independiente de la política burguesa, superando de este modo la fase en que el movimiento obrero se limitó a la crítica de las alternativas capitalistas. Desde el punto de vista programático, en el frente de trabajadores, los intereses de las clases explotadoras de proyectan a través de la radicalización del proceso revolucionario en una orientación socialista. En los frentes populares conducidos por fracciones burguesas, en cambio, se consideran soluciones para los intereses de corto plazo de los trabajadores por intermedio de programas pluriclasistas, basados en la consolidación del sistema capitalista.

La interrelación entre estrategia y táctica

La definición precedente incide en una de las cuestiones cruciales de la lucha por el socialismo. Chile no ha escapado, en efecto, a las controversias centradas en la disyuntura —reforma y revolución— que ha escindido al movimiento socialista con posterioridad a la muerte de Marx y Engels. Ellas se han sucedido, por el contrario, desde el nacimiento del Partido Socialista, tanto en su interior cuanto en sus relaciones con el Partido Comunista.

Estas controversias reproducen la continuidad que exhibieron en otras latitudes, donde se desarrollaron primero las organizaciones revolucionarias. Ellas comienzan en la socialdemocracia finisecular a través del conflicto entre ortodoxia marxista y revisionismo; continúan en el período de entreguerra con la división entre socialdemocracia y comunismo; persisten después de la segunda guerra mundial en las contiendas entre Tito y Stalin y entre Krushchev y Mao, y se replantean hoy en las

nuevas disputas entre comunismo soviético y eurocomunismo.

El reformismo, según los términos formulados en la primera de las controversias mencionadas, afirma que la transformación socialista puede iniciarse y puede terminarse sin una revolución política. Kaustky define al reformismo. «Los que repudian por principio a la revolución política como un medio de cambio social, que buscan la manera de confinar a esta transformación a las medidas que pueden proporcionar las clases dirigentes, son *reformistas sociales*, independientemente del grado en que su ideal se oponga a la forma existente de la sociedad (...). No luchar por las reformas sociales, sino limitarse exclusivamente a ellas, es la característica que diferencia a un reformista social de un revolucionario social».(11)

Las cuestiones tácticas discutidas entonces en Europa siguen proyectándose hasta hoy. Ellas consistían principalmente en discusiones en torno a suscribir o no alianzas electorales y/o participar o no en coaliciones de gobierno con los partidos burgueses. Planteaban también las opciones ante las nacionalizaciones en el campo de la economía y las leyes de beneficio social estando el gobierno bajo el control capitalista.

Estas controversias tienen un trasfondo más amplio. Quienes afirmaban que la revolución política se produciría cuando la economía capitalista hubiera alcanzado un alto grado de maduración —tesis del final—, se inclinaban a considerar que las conquistas parciales pueden servir para educar y organizar a las masas. Para resolver cada uno de los problemas tácticos anteriores se preguntarán, por eso, que *política* profundizará más el proceso gradual y acumulativo de las reformas hasta desembocar en el enfrentamiento de clases definitivo.

La situación es distinta para quienes sostienen que el tránsito socialista sólo puede iniciarse con una revolución política. Para ellos, las reformas son sólo subproductos de la lucha revolucionaria, no son ellas en

(10) Revista *Caminos de libertad*, EILA, S.A. México 1979, pág. 47.

(11) Citado por Stanley Moore, *Tres tácticas, su origen en Marx*, Editorial Perspectivas, Buenos Aires, 1963.

si las que ayudan a la educación y organización de las masas trabajadoras, sino la *lucha* por alcanzarlas. Por ello, cuando deben pronunciarse sobre los problemas tácticos mencionados, su pregunta se dirigirá a saber qué política los acercará más a la conquista del poder.

El Partido Socialista de Chile experimentó, de 1939 a 1946, las ilusiones reformistas a través de la experiencia de frente popular y su práctica de colaboración de clases antagónicas. Pero superó éstas a partir del XI Congreso General de este último año. «La conquista del actual Estado es, sin embargo, condición previa de la revolución socialista. No podrá realizarse la transformación radical de la estructura de la sociedad sin un desplazamiento del poder político desde la minoría capitalista a la clase trabajadora». (12) Así lo estableció la fundamentación teórica del Programa de 1947.

En este mismo documento político se definió el carácter revolucionario del Partido distinguiendo la estrategia de la táctica. «La condición revolucionaria del socialismo reside —dice este documento— en la naturaleza misma del impulso histórico que él representa. No depende, por lo tanto, de los medios que emplee para conseguir sus fines. Sean estos cuales fueren, el socialismo siempre es revolucionario, porque se propone cambiar fundamentalmente las relaciones de propiedad y de trabajo como principio de una reconstrucción completa del orden social». (13) Bajo la influencia de la Revolución cubana, el congreso general de 1967 privilegiará teóricamente la vía armada. (14)

La concepción revolucionaria del Partido Socialista es definida, en suma, a través de un proceso de maduración progresiva de su pensamiento político, que empieza con su Declaración de Principios de 1933, continúa con la Fundamentación Teórica del Programa de 1947 y culmina con los pronunciamientos de sus últimos congresos, en los cuales la línea de frente

de trabajadores adquirió definitivamente el carácter de un proyecto nacional. La revolución chilena es un proceso de proyección continental ininterrumpido y de orientación socialista, su fuerza motriz es una alianza de obreros, campesinos, empleados, otras capas explotadas e intelectuales, con la hegemonía de los primeros y la lucha contra el capitalismo dependiente adquirirá inevitablemente modalidades armadas. Esta concepción funde la revolución política con la revolución social, interrelacionando la estrategia con la táctica.

Crítica al marxismo soviético

El socialismo chileno se alzó, desde su nacimiento, en contra del intento del *marxismo soviético* de establecer una ideología oficial para el movimiento revolucionario mundial, que terminó por derrumbarse como todas las construcciones artificiosas. No esperó, pues, las crudas revelaciones de Kruschév en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética para enjuiciar teóricamente al stalinismo. Por el contrario, se anticipó diez años en la denuncia de la omnipotencia de la burocracia estatal que, lejos de erradicar la dominación del hombre por el hombre, la degradación de la persona humana y la alienación económica, política y espiritual, ha mantenido estos fenómenos.

Esta misma burocracia proclamó, como es sabido, haber cumplido su misión histórica, confundiendo el socialismo con la estatización de la propiedad y el mismo fortalecimiento del Estado, bajo la máscara de dictadura del proletariado. «Dentro del régimen soviético —afirmó el Partido Socialista en 1947— se encuentra suprimida, en general, la propiedad privada sobre los medios de producción y de cambio; pero la forma de capitalismo de Estado, bajo el control de una burocracia política de carácter totalitario, ha invadido los objetivos esenciales de la revolución socialista». (15) La orientación de esta crítica se adelantó también a investigaciones sobre la naturaleza de la formación soviética, entre las

cuales destacan las de Charles Bettelheim. (16)

De acuerdo con la interrelación de los rasgos comunes y los rasgos específicos de cada proceso revolucionario, el socialismo chileno analiza la revolución rusa y su regresión stalinista para extraer de esta experiencia lineamientos esenciales para la revolución chilena. En el orden político, afirma que «la trágica experiencia soviética ha demostrado que no se puede llegar al socialismo sacrificando la libertad de los trabajadores, en cuanto instrumento genuino de toda creación revolucionaria y garantía indispensable para resitir las tendencias hacia la burocratización, la arbitrariedad y el totalitarismo». (17) Su posición es inequívoca al respecto.

En oposición a la experiencia soviética, ratifica el sentido de la libertad en un momento en que los pueblos expresaban su repugnancia ante los crímenes masivos cometidos por el fascismo y el stalinismo. Producto de la evolución económica y social de las sociedades modernas, el socialismo recoge las conquistas políticas de la burguesía —las cuales fueron posibles con las luchas del proletariado— para darles la plenitud de su contenido humano. «El sacrificio de las libertades en un régimen colectivista conduce inevitablemente a inéditas formas sociales de carácter clasista y antidemocrático del todo ajenas al sentido humanista y libertario del socialismo. Ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo niegan: la educación de los trabajadores para el ejercicio de la libertad tiene que hacerse en un ambiente de libertad». (18) Es de nuevo la fundamentación teórica del Programa de 1947 la que proclama estos principios.

Mucho antes que se promoviera por los filósofos comunistas la controversia sobre marxismo y humanismo, el Partido Socialista adoptó también una posición orientadora al respecto. «El socialismo es, en su esencia, humanismo», expresa en la funda-

mentación teórica del Programa de 1947. No es éste, por cierto, un concepto idealista concerniente a la supuesta naturaleza humana de la antropología especulativa. El mismo documento despeja cualquier duda. «Como socialistas —dice— consideramos el concepto de libertad en relación con las condiciones de vida de la época. No se trata de la abstracta libertad de los filósofos ni de la libertad para la explotación de las masas preconizada por el liberalismo burgués». (19) Precisa enseguida que cada etapa del desarrollo histórico ofrece a los hombres determinadas posibilidades de libertad, dentro del conjunto de relaciones objetivas que resultan fundamentalmente del régimen de propiedad y de producción.

El pensamiento precursor de Mariátegui

Las concepciones del Partido Socialista sobre el carácter dependiente del capitalismo en América Latina y la incapacidad de las burguesías internas para impulsar un desarrollo capitalista autónomo, como el que realizaron los países europeos por medio de sus propias revoluciones nacionales, así como su inferencia de que sólo a través del socialismo es posible escapar del subdesarrollo, encuentran sus antecedentes en el pensamiento de José Carlos Mariátegui y su demostración histórica en la revolución cubana.

Mariátegui afirmó, en efecto, que el desarrollo económico social latinoamericano se diferenciaba del que había experimentado Europa, no existiendo un proceso de continuidad entre avance y atraso, sino relaciones específicas de interdependencia entre nuestros países y las potencias centrales del capitalismo, que requerían una definición para extraer directivas estratégicas. «Admitir como un principio incuestionable —dice José Aricó— el reconocimiento del carácter original, específico y unitario de la realidad latinoamericana significa de hecho el cuestionamiento del paradigma eurocentrista que acompañó la

(12) Revista *Caminos de libertad*, EILA.S.A. México, 1979, pág. 45.

(13) *Ibidem*.

(14) Fernando Casanueva Valencia y Manuel Fernández Canque, *El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile*, Editorial Quimantú, Santiago, 1973, pág. 224.

(15) Revista *Caminos de libertad*, *idem*, pág. 45.

(16) Charles Bettelheim, *Las luchas de clases en la URSS*, primer período (1917-1923) y segundo período (1923-1930), Siglo XXI Editores, México, 1976-1979, respectivamente.

(17) Revista *Caminos de libertad*, EILA.S.A. México, 1979, pág. 45.

(18) Revista *Caminos de libertad*, *idem*, pág. 44.

(19) Revista *Caminos de libertad*, EILA.S.A. México, 1979, pág. 44.

constitución del marxismo como tal».(20) De este reconocimiento, el pensador peruano extraería consecuencias políticas no concebidas ni por socialdemócratas ni por comunistas.

Contrariando el concepto de la revolución democrático-burguesa como etapa diferenciada, Mariátegui sostuvo en los años veinte la relación de las tareas democráticas con las socialistas. «Los cerebros insuficientemente profundos y críticos pueden pensar que la eliminación del feudalismo es una medida liberal-burguesa típica, y que el deseo de imprimir un carácter socialista a este proceso es una adulteración romántica de las leyes históricas objetivas. A este criterio vulgar se limitan los teóricos baratos que oponen al socialismo su único argumento: que el capitalismo no se ha agotado en el Perú. Qué sorpresa se llevarán los partidarios de esta idea cuando sepan que, entre las tareas del socialismo, una vez llegado al poder en este país, figura la de realizar el capitalismo o, más bien, las posibilidades históricas que aún contiene el capitalismo».(21) Todo esto fue dicho hace más de medio siglo.

Mariátegui agrega que «no existe en Perú, como no ha existido jamás, una burguesía progresista, con sensibilidad nacional, que se proclame liberal y democrática y que inspire su política en los postulados de su doctrina».(22)

De esta caracterización de la burguesía interna, deriva la estrategia revolucionaria en su país. «La emancipación de la economía del país —expresa en el preámbulo del programa del Partido Socialista de Perú en 1928—, es posible únicamente por la acción de las masas proletarias, solidaria con la lucha antiimperialista mundial. Sólo la acción proletaria puede estimular primero y realizar después las tareas de la revolución democrático-burguesa que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y

cumplir».(23) Este mismo análisis se proyecta al conjunto del subcontinente.

La cuestión nacional es planteada también por Mariátegui de manera original, en concordancia con la realidad peruana y latinoamericana. Aricó afirma que «no se trata ya de la liberación de una nación irredenta ni de la autodeterminación de una nacionalidad oprimida como se entendía la cuestión nacional, dentro del discurso de la Tercera Internacional», para concluir con Oscar Terán que ella consiste en «la incorporación democrática de las masas populares marginadas a un proceso constitutivo de la nacionalidad que debe necesariamente fusionarse con un proyecto socialista».(24) Esta interpretación lo lleva a definir el sujeto histórico de la revolución como un frente de trabajadores.

La revolución latinoamericana según el Che

Ernesto Guevara sostendrá también similar posición. El consideraba a la burguesía interna latinoamericana en alianza político-social con los grandes terratenientes constituyendo las oligarquías dominantes, y coagulada con el imperialismo, con contradicciones secundarias. En tales circunstancias, la revolución democrático-burguesa en los términos europeos era imposible, por la condición conservadora de aquella. «La revolución cubana —dice— ha dado el campanazo de alarma... Las burguesías nacionales se han unido al imperialismo norteamericano en su gran mayoría, y deben correr la misma suerte que éste en cada país».(25)

De la revolución cubana, el Che proyectó el carácter socialista de la revolución a todo el continente. Este pensamiento quedó fijado en el mensaje a la *Tricontinental*, considerado como su testamento político. «La Liberación real de los pueblos... tendrá en América, casi indefectiblemente, la propiedad de convertirse

en una revolución socialista (...). Las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo —si alguna vez la tuvieron— y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer: o revolución socialista o caricatura de revolución».(26) Guevara afirma el «desarrollo ininterrumpido de la revolución» el paso de las tareas democráticas a las tareas socialistas, de la lucha contra el imperialismo a la lucha contra la burguesía interna.

Guevara concibió, además, la revolución americana como una lucha continental. Consciente del intervencionismo norteamericano y teniendo en vista las guerras de la independencia del siglo pasado, expresa en *Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana*, trabajo publicado en 1962: «Dado este panorama americano, consideramos difícil que la victoria se logre en un país aislado. A la unión de las fuerzas represivas debe contestarse con la unión de las fuerzas populares. En todos los países en que la opresión llega a niveles insostenibles, debe alzarse la bandera de la rebelión, y esta bandera tendrá por necesidad histórica, caracteres continentales. La cordillera de los Andes está llamada a ser la Sierra Maestra de América, como dijera Fidel...»(27) La lucha guerrillera iniciada en Bolivia en 1967 estaba inscrita en esta concepción.

El Che puso énfasis especial en la distinción entre la estrategia y la táctica, evitando toda confusión entre una y otra, entre la conquista de todo el poder y la de sólo algunas posiciones. «Una vez comenzado el proceso revolucionario —expresa—, el proletariado tiene que golpear sin descanso. La revolución que no se profundiza es una revolución que regresa (...). Si no se alcanza el poder, todas las demás conquistas son inestables, insuficientes, incapaces de dar soluciones que se necesitan, por más avanzadas que puedan parecer».(28)

La revolución no depende, sin embargo, de una sola táctica. «Los revolucionarios no pueden prever de antemano —agrega Guevara— todas las variantes tácticas que pueden presentarse en el curso de la lucha (...). Sería un error imperdonable desestimar el provecho que puede obtener el programa revolucionario de un proceso electoral dado, del mismo modo que sería imperdonable limitarse tan sólo a lo electivo y no ver los otros medios de lucha —incluso la lucha armada— para obtener el poder».(29)

La revolución cubana es uno de esos caminos. Ella, según el Che, «ha mostrado una experiencia que no quiere ser única para América, pero que es un reflejo de una forma de llegar al poder (...). Cada país y cada partido dentro de su país debe buscar las fórmulas de la lucha que la experiencia histórica le aconseje».(30)

Desde el punto de vista del contenido de la revolución, Guevara defenderá también al humanismo socialista. Fidel Castro había defendido en 1959 a la revolución cubana como *humanista*; pero fue el Che quien persistió más claramente en esta dirección. El sostuvo que la revolución cubana, concordante con el humanismo socialista, procura edificar «un sistema marxista, socialista, coherente, o aproximadamente coherente, en el que hemos colocado al hombre en el centro, en el que se habla del individuo, de la persona y de la importancia que ésta tiene como factor esencial de la revolución».(31)

El guerrillero heroico deja constancia en sus escritos de la preocupación de Marx, en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, así como en *El capital*, por los problemas de la liberación del hombre en tanto que ser social a través del comunismo, por el humanismo. En esta perspectiva desarrolla su concepto del *hombre nuevo*, del hombre comunista, negación del hombre alineado de la sociedad capitalista y centro del humanismo revolucionario.

(20) José Aricó, *El marxismo latinoamericano en los años de la tercera internacional*, mimeo, México, 1982.

(21) Citado por Michel Lowy, «El marxismo en América Latina», artículo en *El marxismo contemporáneo, II*, revista Nueva política, núm. 8, México 1980, págs. 345 y 346.

(22) José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Librería Editorial Minerva, trigésima tercera edición, Lima, 1966.

(23) Citado por Michel Lowy, «El marxismo en América Latina», artículo en *El marxismo contemporáneo, II*, revista Nueva política, núm. 8, México 1980, págs. 346 y 347.

(24) José Aricó, *Ibidem*.

(25) Ernesto Guevara, *Obras 1957-1977*, Casa de las Américas, La Habana, 1970, vol. I, pág. 173.

(26) Ernesto Guevara, *Obras 1957-1977*, Casa de las Américas, La Habana, 1970, vol. I, págs. 589 adelante.

(27) Citado por Michel Lowy, *El pensamiento del Che Guevara*, Siglo XXI, Editores, 9ª edición, México 1978, págs. 12 y 13.

(28) Ernesto Che Guevara, *Obras 1957-1967*, Tomo I, págs. 169 y tomo II, pág. 444.

(29) Ernesto Che Guevara, *Obras 1957-1967*, Tomo I, págs. 169 y tomo II, págs. 413 y 414.

(30) Ernesto Che Guevara, *Obras 1957-1967*, Tomo I, págs. 473.

(31) Citado por Michel Lowy, *El pensamiento del Che Guevara*, Siglo XXI, Editores, 9ª edición, México, 1978, págs. 12-13.

rio. Así se supera la emancipación humana o total, como lo planteara el socialismo chileno desde 1947.

La revolución cubana constituye, por último, la demostración práctica de la validez de las tesis sostenidas por el Partido Socialista de Chile, en el sentido de que la revolución en nuestros países tendrá un carácter global en el que se combinan, en un proceso continuo, las tareas democráticas y socialistas. Ese proceso comprueba, en efecto, que los movimientos de liberación nacional, con la conducción de los trabajadores, se convierten de manera ineludible en revoluciones socialistas al enfrentarse a las burguesías internas, coaligadas con el imperialismo, en la lucha por sus objetivos sociales.

La constitución aprobada en 1976 consagra este proceso en su artículo 1: «La República de Cuba es un Estado socialista de obreros y campesinos y demás trabajadores manuales e intelectuales». Para evitar toda duda sobre el carácter de la revolución y la identidad de su fuerza motriz, agrega en el inciso 1 del artículo 4: «En la República de Cuba todo el poder pertenece al pueblo trabajador que lo ejerce por medio de las asambleas del Poder popular y demás ór-

ganos del Estado que de ellas se derivan, o bien directamente». Reafirmando este concepto, expresa además en el inciso 2 de este mismo artículo: «El poder del pueblo trabajador se sustenta en la firme alianza de la clase obrera con los campesinos y las demás capas trabajadoras de la ciudad y del campo, bajo la dirección de la clase obrera». Es ésta, precisamente, la concepción estratégica del frente de trabajadores convertida en poder.

Derrotado el proceso revolucionario chileno en 1973, el Partido Socialista ha pasado desde entonces por una aguda crisis que todavía no supera. Su reconstrucción, como parte decisiva del reagrupamiento del pueblo chileno, deberá sustentarse sobre aquellas bases teóricas cuya validez no ha sido puesta en discusión por el triunfo transitorio de la contrarrevolución burguesa. No fueron esos señalamientos teóricos los vencidos, sino una práctica política equivocada. El movimiento socialista no se reencontrará, pues, con las masas a través de la moderación de sus concepciones ideológicas, sino concordando éstas con una práctica revolucionaria real.

México, abril de 1983

HORTENSIA ALLENDE



ARTE

POEMAS DE AYER Y DE HOY

Tarde en el hospital

Carlos Pezoa Veliz

Sobre el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia;
lluvia...

Y pues solo en amplia pieza
yazgo en cama, yazgo enfermo;
para espantar la tristeza,
duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado;
llueve...

Entonces, muerto de angustia,
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso.

(Hospital del Cerro Alegre. Valparaíso. 1906).

La mano de un joven muerto

Nicanor Parra

Esta mano que ayer cortó una rosa
y esta rosa cortada en una mano,
ésta que dormido estoy mirando
y ésta que aún despierto no se borra.

Este nardo que ayer fuera paloma
y esta paloma fija que fue nardo
y este campo de nieve de una mano
y esta mano tranquila que reposa.

Esta cosa que canta y esta cosa
que proviene del cisne por su canto,
sólo esta mano y esta mano sola,

aquí la podéis ver a cualquier hora,
ésta que aún dormido estoy mirando
y ésta que aún despierto no se borra.

LIBROS Y REVISTAS

Historia documental del Partido
Socialista de Chile (1933-1983).
Cuadernos I y II. Alejandro Witker.
México. 1983.

Nos ha llegado desde la Universidad autónoma de Guerrero esta Historia Documental organizada por Alejandro Witker con un espíritu unitario que le ha permitido situarse más allá de conflictos temporales que mantienen divididos a los socialistas chilenos.

Esfuerzos como éste merecen ser destacados y estimulados; no es que coincidamos totalmente con la selección publicada o con todos los juicios emitidos, pero sí que estamos de acuerdo con la necesidad de reivindicar para el Partido Socialista de Chile todos los aportes del pasado, sin detenernos en los aspectos personales, forzosamente disgregadores. Estamos conscientes de que a muchos les extrañará este comentario, pero también lo estamos de que la mayoría de los militantes se complacen con estos gestos de fraternidad y de valor.

El socialismo chileno: Rescate y renovación.
Jorge Arrate.
Ed. del Instituto para el Nuevo Chile.
Rotterdam. 1983.

El autor es el Subsecretario en el exterior del partido Socialista de Chile y ha reunido en este breve tomo diversos trabajos suyos en que se expone un pensamiento lúcido y coherente sobre los problemas que enfrentan en nuestros días los militantes del movimiento socialista chileno.

Reparamos un pequeño olvido del libro al que nos referimos. La entrevista que le hizo al autor el periodista Víctor Vaccaro fue publicada íntegra en el n.º 26-27 de nuestra revista.

Educación superior y subdesarrollo latinoamericano.
Coordinador Alfredo Hidalgo San Martín.
Universidad de Guadalajara.
México. 1983.

Este libro es el producto de un Seminario organizado por la Universidad de Guadalajara en julio de 1979 que se ha publicado recientemente y que contiene interesantes trabajos preparados por un grupo de profesores latinoamericanos vinculados a dicha Casa Universitaria.

La contribución de tales estudios al mejor conocimiento de nuestra realidad continental merece ser conocida y destacada.

OTRAS PUBLICACIONES RECIBIDAS

Política Internacional. N.º 797. Belgrado.
Lautaro. Documentos e Información. Serie N.º 20-21-22. Caracas.
Nueva Sociedad. N.º 66. Caracas.
Convergencia. N.º 7-8. México.
Cañuela. N.º 2-3. Milán. Italia.
Cuadernos de Marcha. Mayo de 1983. México.
Boletín Informativo. Dirección Local Francia del PSCH. París.
La política internacional del PSCH, por Belarmino Elgueta. Editado por la Escuela de Socialismo Eugenio González en Noruega.
Plural. Revista del Instituto para el Nuevo Chile. N.º 1. Rotterdam.
Socialism in the World. N.º 36. Belgrado.
Biografía de Ramón Sepúlveda Leal. México. 1983.
Comisión de Derechos Humanos de Guatemala. Boletín Internacional. N.º 4. Abril 1983. México.
Comisión de Derechos Humanos de Guatemala. Boletín Informativo. N.º 05, 06 y 07. Mayo-junio, 1983. México.
Noticias de Chile. 8-7-83. Bogotá.
Chile-América. N.º 86-87. 1983. Roma.
La República. Vocero del exilio argentino. N.º 24. París.
Selso. N.º 65-66. Mayo-junio 1983. Luxemburgo.
Comunicado del Comité Sindical Chile. Bruselas.
Convergencia Socialista. N.º 18-19-20. Liège. Bélgica.
Boletín Informativo. PSCH. Rotterdam. Mayo 1983.
Cuadernos Esin. N.º 26. Instituto para el Nuevo Chile. Rotterdam.
Leviatán. Segunda época. N.º 11. Madrid.
¿Cómo promover el sindicato moderno? IG Metall. Frankfurt/M.
Chile Sindical. N.º 18. Julio 1983. Santiago. Chile.
Cetra/Ceal. Coyuntura Sindical. Junio 1983. Santiago. Chile.
Los pueblos a la ofensiva. Ed. Combate, 1983. Suecia.
Documento Conjunto. Ed. Combate. Suecia.
Poder Obrero. Mayo-Junio 1983. Suecia.
Combate. N.º 95. Suecia.
Boletín Socialista Internacional. PS uruguayo. N.º 85.
Liberación. N.º 01. Julio-Agosto 1983. Madrid.

